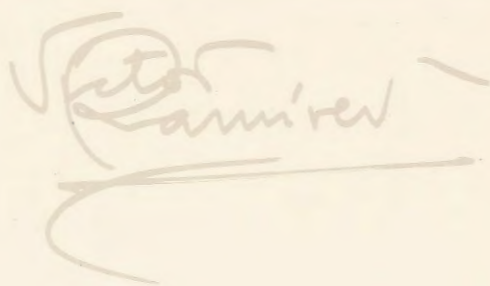


Víctor Ramírez

Cada cual arrastra su sombra

A stylized, handwritten signature in a light brown or tan color. The signature appears to read 'Víctor Ramírez' with a long, sweeping horizontal line underneath the name.

BIBLIOTECA BASICA CANARIA

53

**CADA CUAL
ARRASTRA SU SOMBRA**

Edición de Angel Sánchez



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Gonzalo Ortega Ojeda

Diseño:

Juan Francisco Alamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

Víctor Ramírez

CADA CUAL
ARRASTRA
SU SOMBRA

Islas Canarias
1988

© Para la introducción **Angel Sánchez Rivero**

© Para el texto **Víctor Ramírez**

©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-505-8155-9

Depósito Legal: M. 40.432-1988

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

INDICE

	<u>Págs.</u>
Introducción	9
Cada cual arrastra su sombra	31
El arranque.....	59

INTRODUCCION

Los dos relatos cuya edición presentamos en este volumen, bajo el título del primero de ellos —*Cada cual arrastra su sombra*— vienen soldados por la proximidad desde su mismo origen, ya casi veinte años atrás. Fueron escritos antes de 1971, año de su publicación en Las Palmas. Se vendieron a setenta y cinco pesetas ejemplar en las contadas librerías de la provinciana ciudad de entonces, una vez difundido de modo oral el enjundioso mensaje de algún amigo que lo recomendaba por su novedad cualitativa. Cualquier edición contemporánea de libros canarios era en gran medida de poesía y, en escaso volumen, de cuentos. Pero, así y todo, el nuevo objeto cultural iba a engarzar de algún modo con la tradición poética isleña: aquella portada era un dibujo del eminente y recordado pintor y poeta Juan Ismael. Este vivía ya los últimos años de una genuina creatividad independiente, sublimando así una carrera de perdedor nato en vida, vuelto luminaria ética y estética tan sólo reconocible cuando muere. La presencia de este artista pregonando al nuevo autor fue muy del gusto de ambos.

Quien redactó la solapa del volumen —acaso un miembro de la comandita literario-editorial Inventarios Provisionales— ya advertía que el autor nació en Las Palmas en 1944 y hacía con *Cada cual arrastra su sombra* una primera entrega literaria. Aquel escritor, apadrinado de forma tan entusiasta por un grupo de amigos como para arriesgar gastos en la edición, era un nombre desconocido en el ambiente literario más consolidado: el de las páginas literarias en prensa insular. Veintisiete años, *maestro de escuela*, le tiraban

mucho el fútbol y las canciones mejicanas. Componía incluso sus propias variaciones de corridos y rancheras, garrapateándolas en su guitarra. También se había hecho con una máquina de escribir, tanta era la necesidad que sentía de contar la experiencia de una vida suburbial en la mejor de las situaciones: desde dentro.

Son ya diecisiete años los que lleva Víctor Ramírez arrastrando la sombra magmática de su primer texto, cargando como referencia obligada aquel ectoplasma juanismaeliano, blanco sobre verde, en el que espejea su primer formato estilístico, ese texto insustituible en su carrera de escritor. Ciento seis bloques prietos de una escritura que pronto pondría el grito en el cielo de la morosa prosística insular. Algunos de sus propios títulos, y otros de sus colegas en edad, son una zona escrita de nuestra cultura tan básica que precisa, sin duda, revisarse en un proyecto cultural de edición que tiene objetivos tan claros como la Biblioteca Básica Canaria.

Como se habrá podido intuir, creemos que en *Cada cual arrastra su sombra* hay un texto funcional, y lo es en dos sentidos: como germen del desarrollo posterior del propio Ramírez y en tanto mojón limítrofe de una renovación de la oferta literaria en prosa, siempre en territorio canario. Una renovación que prendería mecha como *nueva narrativa canaria* hasta hacer *boom* y decir basta.

Para presentar al lector algo tan básico hemos ideado un seguimiento textual inteligible que lo caracterice según los datos ofertados por el mismo texto en clave lingüística, en clave social, en lo histórico-literario e incluso en clave psicológica. Así podremos apreciar en cada plano que estamos frente a un texto inaugural, y cara a dos textos intencionalmente gemelos, pues tal es el sentido de este su tercer formato editorial. Hemos de recordar al respecto que el autor incluyó tanto el relato titular como el denominado *El arranque* en la posterior edición de sus *Cuentos cobardes*

(Taller de Ediciones JB. Madrid, 1977). Las claves que hemos seleccionado pretenden evidenciar el albedrío creativo y expresivo de Víctor Ramírez, esperando ayudar suficientemente al lector para leerlo con el máximo provecho y gusto.

* * *

Diciendo clave social queremos expresar así en qué aspecto estos cuentos pudieran ser una comprobación documental de cómo era la sociedad canaria de 1971. En tal sentido creemos que los personajes de Ramírez, y el ambiente en que se mueven, son una realidad sectorial desesperada, siempre dentro de un estado de cosas más general que delata el trasvase de una sociedad a un nuevo modelo, evolucionando entre contradicciones. En el retrato de ese nuevo modelo social ya se anuncia que la lucha de clases queda aplacada por los enredos del consumismo y que será nuevamente aplazada. En el *corte* social donde trabaja Víctor Ramírez hay suficientes desajustes emocionales, demasiadas pasiones como para decidarnos a hablar de patología; suficientes injusticias sociales como para que arriesguemos calificativos políticos. Para retratar ese momento histórico y fijar la vida diaria en pensamiento y acción humanos le bastará a Ramírez ser natural, inmediato; empujar las sombras hacia el formato tipográfico, dar curso al fluir de la oralidad. Le bastará al autor insistir en *personarse* a texto abierto, dando en directo el pensamiento y la carnaza de sus seres, inventados —dice él— para hacerlos sufrir. Con esa base en la naturalidad puede ejercer un calado crítico en las condiciones de vida de cualquier sección de la geografía humana más universal. Pudiendo estar, llegado el caso, en alguna loma suburbana de una ciudad canaria determinada.

Ramírez escribe de *los de abajo* que, por pura paradoja, viven en la zona más alta de las ciudades costeras de las Islas, donde se ha ido *reduciendo* a la población urbana humilde desde la misma fundación de las dos grandes capitales canarias. El medio social son los *riscos*, barrios aún

periféricos en 1971, donde funciona el paisanaje retratado por el autor. Existe en dicho medio una zona de coexistencia casi familiar entre vecinos; todos conocen a todos en la solidaridad de *ir tirando* en condiciones semejantes, sease obrero, marinero, tendero, maestro o empleado. Ese *ir tirando* es algo así como arrastrar su sombra, enunciando desde el título un estado de cosas. Los seres anónimos despertados por Ramírez para encarnar a sus protagonistas aparecen simultáneamente sórdidos y cariñosos, broncos y leales, primarios y retorcidos, con escaso dominio de reflejos ante una situación que los desborda, ya sea íntima o extraña a sus planteos vitales. Seres que arrastran la sombra del infortunio en la desigualdad con humildad soberbia. Inmaduros y enormemente dependientes de la realización libidinal: si el amor les falla todo se hunde, que así sucede en las canciones mejicanas favoritas del autor. El argumento narrativo donde esos seres se expresan es un tejido de acciones y emociones conflictivas en los individuos pero, con toda seguridad, dicen más de lo escrito: se trata de todo un fresco de la conflictividad psico-social en amplias zonas de la población canaria de la posguerra. Una población apenas salida del racionamiento, del café de cebada, las misiones, la infraescolarización... Apenas dominando su precariedad emocional, la represión sexual y los miedos diarios. Demasiadas bridas para llevarlas con dos manos.

Hay en esa amalgama de factores ambientales, extremados por la situación histórica, ciertos componentes caracteriales fijos del genuino *ser canario*. Constantes como la sensación de matriarcado, el narcisismo, la inseguridad. Esa necesidad de cuerpo y ánimo por asumir el miedo secular de los *aislados*. De ahí el color de las venas principales de este cuerpo social canario escrito por Ramírez. La ansiedad está permanentemente levantada en sus personajes, la produce una percepción ingenua de la vida. Pero ya se sabe: la vida siempre golpea; que cada palo aguante su vela, tal es la locución popular de la que parece calcarse el título de nuestro relato. También está erguida la *hombría*, pues los dos pro-

tagonistas de estos cuentos no dejarán de plantearse su condición masculina a niveles de satisfacción funcional y de realización social, combates siempre presentes en una sociedad de dominante matriarcal.

Matriarcado, narcisismo, inseguridad, necesidad de asumir el miedo secular de los aislados serán algunas constantes situacionales o elementos definidores del medio descrito por nuestro autor. Tal ansiedad viene siendo resultado de una percepción ingenua de la vida, que golpea sin querer a los de siempre, que produce una miseria moral conjunta, contra la que no se tienen defensas ni principios. Sin arrestos para dominar las situaciones depresivas, usando tan sólo una rudimentaria visceralidad refleja. A estos seres los podríamos llamar *cobardes* —como hace Ramírez— si no fuera por la indefensión histórica de amplias zonas de la población insular produce también personajes así, ese tipo de seres dependientes. Por ello es que la recatada vida de los riscos se tensa al son de los cambios que ocurren en la costa: el trasvase de modelo social tan acelerado, sin apenas transición. Los textos de Ramírez paralelizan la situación propia de personajes inestables en un formato de sociedad mutante que poco viene a ayudar a la clase parada, analfabeta y subalimentada. Viene a decirnos que en tanto la calidad de vida y los Derechos Humanos no se homologuen a toda la población, habrá siempre cobardes orgullosos. Entretanto, los escalones de poder se recapitalizan y los jefes deberán seguir usando con el humilde su intemperancia de clase dominante, hacer uso de su *posición*: el látigo.

Si la ronca dialéctica de la literatura marxista está lejos de ilustrar al autor, Gyorg Luckacs diría que se aproxima vorazmente, con ese tipo de literatura, a un planteamiento partidario, panfletario y solidario. Efectivamente, mostrando como autor tanta solidaridad de clase, Ramírez empieza por entonces su alineamiento entre los escritores que practican una literatura comprometida —como se decía— socialmente. Tan sólo fuera porque sus textos pasan de ser re-

creativos a ser perturbadores del conformismo que se espera del lector, al que Ramírez *arrastra* en mera complicidad de identificarse en la lectura de algo tan revulsivo como si su misma vida se tratara.

Es evidente que el sujeto lector canario, primer destino de la edición de 1971, corría el albur de seguir al nuevo autor en una identificación que consiguiera devolverle a sus propios orígenes sociales y a la propiedad lingüística nativa. Fue aquel un selecto grupo de lectores al que se sumarían muchos otros peninsulares en la edición titulada *Cuentos cobardes* (1977). Esperemos que la legión de lectores que seguirá la reedición que presentamos ahora, pueda distanciarse suficientemente en el tiempo como para saber integrar, en la lectura que de él haga, el debido poso histórico que tienen estos textos. Haciéndoles ver que, a fuer de realistas, parece comprobable todavía el modelo social que sostiene las acciones narradas. Pues en ese sentido poco ha cambiado la realidad vital de ese sector de población, poco ha cuajado nuestra difícil consolidación como sociedad.

En efecto: bajo esta prosa discurre una insatisfacción y una vindicación sociales muy marcadas, una voluntad expedita de derramarlas en tinta impresa, toreando sibilinamente a la torpe —a su pesar— censura del régimen del Generalísimo. Son esa dolida franqueza expositiva de su realidad social, unida al nuevo modelo de prosa que arriesgaba el autor, los dos factores que hicieron de estos textos un poco el canon de una cierta rebeldía generacional que se identificaba con el tipo de combate por escrito. La oleada escrita que siguió en otras publicaciones en prosa sería luego rumbosamente bautizada como *nueva narrativa canaria*, puesto que en estilo oral e innovación sintáctica iban sus mejores y más novedosas prendas. Algún periódico peninsular, ansioso de etiquetajes, los definía como *narraguanches*, mostrando con dicho bautizo ser absolutamente ignaros de cómo funcionan las cosas en la provincia lejana.

* * *

Lo cierto es que no hubo una, sino dos nuevas narrativas, cosa que se explicará en breve, ya que entramos en lo que llamábamos la clave histórico-literaria de estos textos. Ayudaremos así a situarlos ya avanzada la posguerra española, anotando de paso algunos hechos que puedan servir de antecedente literario. El endémico déficit cultural traducirá en el terreno literario los desajustes existentes en la sociedad, tan pronto como se salga de la ficción y se toque realidad. Está claro que hay una situación anormal. Se arrastra desde los años 50 un retraso en la publicación de la producción literaria isleña, laguna editorial bastante a remolque del atrasado modelo social. Anotaríamos la situación canaria como *suburbial* con respecto a otras áreas socioculturales hegemónicas en el Estado español y sólo daríamos un dato en apoyo: contar los años pasados entre la escritura de *Mararía*, de Rafael Arozarena, y su publicación en Barcelona. Casi treinta...

En el transcurso de la primera mitad de este siglo continúa la tradición ruralista y sainetera en la prosa canaria, salvo valiosas excepciones. Alonso Quesada, por ejemplo, ilustró el lado urbano de la vida provincial. El máximo desvelamiento sucede cuando aparece *Crimen* (1934), de Agustín Espinosa. Se corta la buena racha y se truncan las libertades ciudadanas con el triunfo del Movimiento Nacional. Es algo más tarde, a partir de los años 50, cuando aparecerá un primer *boom* narrativo soterrado en páginas literarias de prensa insular: son los primeros cuentos de Pedro Lezcano (*El Pescador, Cuentos sin Geografía*), los relatos iniciales de Isaac de Vega, Rafael Arozarena y Antonio Bermejo, variantes todas de un modelo de prosa forzosamente simbólica aunque con base real. Esto equivale a decir que ya en los años 70 existía en el aire del tiempo impreso una prosa en muchos aspectos *adelantada* en el hecho de plantearse la condición insular. Son los melancólicos soliloquios de los autores fetasianos citados, la percepción oblicua del *corte* social que efectúa Bermejo.

Antonio Bermejo, Secundino Delgado y Juan Rulfo están sin duda entre las propiedades referenciales de Ramírez, de ese realismo lacerado por el ralenti humano en la dinámica social que lo motiva. La tipificación literaria que se consigue en esta triple fuente del desarraigo y la identidad borrosa revelan ya que nuestra inmadura prosa sube el escalón preideológico que ya la poesía canaria contemporánea había alcanzado en versos de Pedro García Cabrera, Emeterio Gutiérrez o Agustín Millares. Creemos que no se ha insistido suficientemente en anotar esa soterrada línea de fuerza prosaica cuando se hablaba del *boom*: deslumbraba demasiado la novedad estilística como para hacer catas en la propuesta desestabilizadora que amagaban los fetasianos. Líneas de fuerza que discurren también en las decenas de novelas surgidas en estos dos decenios. Que cruza la propia línea editorial de Ramírez en sus más importantes títulos: *Además lo primero* (1978) y *Diosnoslibre* (1984). Es muy evidente que los dramáticos y ateridos seres de Bermejo ya anuncian a los soberbios perdedores de Ramírez.

La gavilla de novelas más o menos maestras surgidas en los años 70-80 (las de Alfonso García-Ramos, León Barreto, Juan Cruz, Alberto Omar, Juan Manuel García Ramos, Luis Alemany, E. Sánchez Ortiz, etc.) son un desenvolvimiento bastante significativo de la infraestructura creada años antes por los fetasianos. Ramírez se sitúa entre ellos como un *primitivo*, receloso de otras vanguardias idiomáticas que no sean de su invención. El crítico Rodríguez Padrón ya ha advertido que "la cabeza de turco de todo este embrollo es la novela testimonial de Alfonso García Ramos Guad (1971)", salida al público unos meses antes que el primer libro de Ramírez. Añadiremos que la cabeza de lanza enterrada en los nuevos modos de anotar la *diferencia* insular podríamos acotarla en una línea medianera donde se balancean tanto *Crimen* como *Mararía*. Se leía muy poco en esos años y la situación no acaba de normalizarse del todo.

La coherencia histórica —y moral— de todo este episodio no se alcanzará hasta que pueda publicarse *La lluvia no dice nada*, misteriosa novela inédita de Bermejo que alguien retiene injustamente escondida.

El que cuenta —diríamos, imitando al autor— tiene mucho que contar y, a través de lo que cuenta, contándose irá perfilando a sus contemporáneos. Blasín, por ejemplo, el varón protagonista de *Cada cual arrastra su sombra*, roza exactamente el volumen físico de un arquetipo insular de hombre joven afirmando una masculinidad reproductora y libidinal, protegiendo la honra de novia, madre y hermanas; entregado de lleno al esquema moral de un patriarcado aparente, sin saberse eje móvil de un comportamiento que guía el potente matriarcado insular. Sin saberse hasta el cuello un agente de la secreta voluntad del mujerío, antes al contrario: ciego conductor de su dualidad humana que vindica, como primer grado, la hombría también primaria del superviviente. Desde ese resorte salta con mucha naturalidad la rebelión simbólica contra el padre. Fue gracias a estas claves emocionales, de relativa facilidad lectiva, desde donde la crítica literaria ha señalado que el autor expresa un registro bastante acusado de misoginia y machismo cantonal. Conjeturas críticas que creemos accesorias si se tiene en cuenta que la parábola trazada no alcanza a toda la población masculina de estos relatos sino meramente *al que cuenta*, en verdadero recurso proyectivo de su naturaleza y las circunstancias que la envilecen.

Queremos subrayar, sobre toda otra conjetura, que en algo sí que acierta la crítica, repitiendo una y otra vez incansablemente que todo primer libro tiende a ser autobiográfico. En el muestreo que hace de la afirmación varonil de sus personajes fluye nítidamente la biografía ramiriana. Escritura la suya con cierto alcance de transposición personal: soliloquios y diálogos que valen para que el autor se afirme como un alguien, un cualquiera de ellos que contara las rutinas vitales canarias como suelen pasar. Sin más coloración

literaria que la heredada de las líneas maestras del naturalismo (Zola), su asimilación hispana de guñol —digamos *Tirano Banderas*— y su proyección americana: digamos John Steinbeck, Juan Rulfo o Guimarães Rosa. Pues, en efecto, los textos titulados *Pedro Páramo* de Rulfo o *Miguelón y Miguelín* de Guimarães no están muy lejos de ese registro perceptible como estilo en el que se teje la escritura al hilo de la vida misma, manchando el papel descarnadamente, en uso de expresar lo más natural: cada cual arrastra su sombra.

En Víctor Ramírez los desajustes sociales son calcados de los conflictos individuales, evidenciando un sesgo de patología social ya desde la familia. Y es que la sociedad en que vive no es homogénea, está desvertebrada y en proceso de crecimiento, se ve sin capacidad de reacción ante el nuevo modelo relacional. Existe un sistema de valores tradicionales que pervive en el barrio, mientras se transvasa con enorme rapidez el modelo más general de civilización. En ella, aquellos valores tradicionales —solidaridad, respeto, honra— no se ven sustituidos por otros que tengan entidad suficiente para reemplazarlos, sino por líneas de fuerza progresivas como el consumo, la competitividad y el barrio-dormitorio. Todo ello afecta centralmente a los personajes contados por V.R.: se les ve bastante inermes ante el progreso, buscando aún la felicidad en lo que ya se conoce como *umbral de bienestar*. Sabemos que este tipo de literatura prioriza la descriptiva del modelo de civilización en que se desarrolla, siempre como telón de fondo de unas circunstancias vitales. Es, por otra parte, con los turbios sentimientos con lo que se hace buena literatura, al contrario de como lo formulara André Gide.

Nuestro autor, ajeno al navajeo descarado que existe en una sociedad literaria biprovincial, consigue sin esfuerzo situarse en una radicalidad crítica de *apartado* que lo lleva a alinearse en causas desesperadas, con los *insurretos*, causas substitutivas —y no complementarias— a las urgencias que

delata y que parece conjurar en sus escritos. Este efecto contracorriente le llevará otras veces a la contradicción vital (sus declaraciones a la prensa) con la *causa* que parece enhebrar su discurso: ese anarquismo militante tan espeso. Pero la cata hecha en el área social canaria trasciende, desde luego, cualquier debilidad posible en sus métodos como persona pública y creemos que ha servido de reactivo literario hacia la tan esperada normalización.

* * *

Una mirada sobre los recursos estilísticos que usa el autor dará cabida a la prevista exposición de su clave lingüística. En cuanto al procedimiento narrativo mismo diríamos que estos relatos incorporan al nuevo curso de la prosa que se establece en Canarias algunos elementos un tanto inéditos en el panorama literario local, cuales son los relativos al *tiempo*. En Ramírez la unidad narrativa se compone de secuencias seccionadas de alguien que narra en presente o en pasado dos historias, como si dijéramos, *en solución de contigüidad*, indicando al lector varias rampas de acceso a la totalidad que se cuenta. Con este modo de escribir es bien cierta la familiaridad que encontramos con los estilos desplegados ya desde las primeras novelas del *boom* de la narrativa suramericana: *La casa verde*, de Mario Vargas Llosa, por poner un ejemplo. Pero el caso es que Ramírez, entrándole al trapo de las nuevas formas de narrar, lo que hace es abrir la brecha de una influencia más venida del exterior y que arraiga en el espacio literario insular; asumir el nivel del *habla* canaria y renovar la temporización escrita. Los recursos estilísticos de que se sirva en adelante apoyan con vehemencia esa actitud criolla de aclimatar aquí ciertos avances en el apalabramiento del idioma común. Es novedoso en las Islas moverse, como hace el autor, en una amalgama de habla y en tiempos simultáneos muy poco habituales aún en los precedentes ya dichos.

Es ya conocido el hecho de que el castellano hablado en Canarias despliega una amplia variación idiomática con respecto al castellano peninsular, acercándolo más bien al castellano hablado en el Mar Caribe. Esas variaciones léxicas, fonéticas y tonales ya se las había intentado fijar literariamente con la antelación de más de un siglo en la literatura isleña: desde los sainetes y cuentos costumbristas de los hermanos Millares hasta los intentos más recientes de un Pancho Guerra. Siendo su intención divertir a los espectadores, el modelo de toma oral queda bastante descoyuntado e inhabitual. La caracterización escrita del habla castellana en Canarias caía así en un forzoso manipulado que aliena la verdadera naturaleza del habla real, forzándola a ser un inventario atropellado de giros, expresiones y variantes idiomáticas al servicio exclusivo del humor. Expresiones de una rudeza *campurria*, *maga* —como aquí decimos— documentan el habla campesina o costera, cediendo más al *efecto* buscado que al autoconocimiento.

Frente a este tipo de precedente, nuestro autor fijará la pauta de un nuevo modelo de captación del habla donde la inclusión de voces coloquiales se hace sin forzarlas, siguiendo el curso oral de quien, indudablemente, narra *desde su habla* y hace narrar a sus personajes sin desplazar para nada su oralidad personal e intransferible. Diríamos que el autor se inventa el mecanismo de asimilar el discurso hablado (de quien habla escribiendo) al del personaje que se describe hablando. Claro está que el mecanismo ya estaba inventado —los monólogos interiores de Marcel Proust y James Joyce— y, un poco a medias, en las Islas por Isaac de Vega y Bermejo. O en la tradición latinoamericana por Guimarães Rosa (novelista brasileño) y José Z. Tallet (poeta cubano), por poner dos ejemplos de anotación coloquial brillante en literatura latinoamericana. Sucede tanto en las costumbres como en las Artes que la contaminación de estilos se haga imparable. El cine neorrealista italiano, pongamos por caso: surgen aquí y allá acercamientos a su contenido o a su

formato expositivo. El mismo Ramírez ha dado pistas de los autores cuya lectura le entusiasmó y que han podido influirle: habla del ya citado João Guimarães Rosa, de Nikos Kazantzakis o del cantautor mexicano José Alfredo Jiménez, precisamente cuando todos los tiros de la crítica iban a emparentarlo con autores del entonces recién nacido *boom* suramericano: García Márquez, Vargas Llosa, Onetti...

* * *

El castellano hablado en Canarias, o *habla canaria*, utilizado por Ramírez es, dentro del abanico de posibilidades insulares, algo muy desplegable como habla rural, urbana, costera, de barriada, etc. De un barrio periférico de cualquier población urbana insular, pues hay un evidente arrastre o *deje*, una coloración lingüística tan específica en esa habla escrita que no podríamos asimilarla al hablar de un *maúro*, de un *magó*, de un *roncote* y, mucho menos, a la de un hombre culto. Habla de *risco* es, pues habla *risquera* le pondremos.

Veamos que este castellano risquero con tal alto grado de mestizamiento es mitad documental, mitad invención del autor. Ramírez se permite felices transgresiones léxicas, casi siempre legítimas dentro del sistema derivativo imaginario del habla isleña. La base de ese sistema es un léxico de aluvión bastante asentado en el idiolecto común de los canarios, al que se suma una sintaxis muy suelta en apoyo renovador. Lenguaje de madurez criolla que el lector vindicará en seguida como su propiedad significativa, librado desde las primeras líneas al juego de las asociaciones. Pues es el lector quien cede en el pulso que le echa el autor con su fuerza emotiva. Dicho lenguaje aporta términos procedentes de indios regresados del Caribe y Suramérica. Tales como *vacilón*, *vainada*, *pibita*, que el autor coteja con otros términos de su invención: *jairadas*, *baifadas*, *añusgo*, *paseoso*, *enseriado*, etc. Anota Ramírez la flora (*ahulagas*, *alsándara*, *poleo*), las características personales (*carpetudo*,

burletero, babieca, mosqueado) e, incluso, de las últimas fases de aluvión lingüístico pueden surgir *marihuanado, marihuanadores*. O, mismamente, *la marabunta*, como una situación limítrofe al desastre. El modo de anotar giros dialectales es muy personal suyo: escribirá *más limpiadita mujer* cuando en textos costumbristas se anotaba *mal impriadita* (en ambos está el original: *mal empleadita*). Otras veces algún término literario se desliza contra el uso habitual, como sucede en *arcadas o soterrar*, prueba evidente de que el autor no quiere soltar amarres con la lengua madre escrita. El lector encontrará también bastantes diminutivos que matizan la ironía, la emotividad, el cariño, la fanfarronería, el despecho o la dulzura familiar, en un amplio registro que la unidad textual admite e integra como términos vivos y lenguaje congruente. Sucede igual con otras formas idiomáticas: verbos, adjetivos, cuando expresan los altibajos psíquicos y fisiológicos de los personajes. Que subrayan una intimidación afectiva y sensorial común en ciertas épocas comunes a todos los mortales: el despertar de los instintos sexuales y emotivos.

Si en la lengua usada por V.R. hay estas particularidades, otro tanto sucede a lo contado: esa parábola que el autor traza sobre la identidad más general del canario. El *presentimiento*, pongamos por caso, tiene un papel muy notable en los textos. El narrador, o los seres narrados, presienten sucesos y acciones posibles por gestos que parecen delatarlos, todo un resorte psicológico elemental del conocimiento directo. Relatos de sentimientos, lo son también de sensaciones carnales, climáticas y caracteriales bastante fluidas. Pues le apetece a su autor hacer retratos contemporáneos a la luz de algunos sentimientos básicos de su pueblo en estado intuitivo, los expresará sensorialmente. Por ejemplo, cuando Blasín ve al desalmado Rimero saliendo de su casa: "la calle fue una sensación de heladez que me pinchó las pantorrillas, una idea brumosa y mala, desgarradora, ingrata, perra, que se me trincó dolorosa en la mente, fue unas

ganas de morirme allí mismo o de tener las suficientes pelotas para cortarle el gaznate a aquel descastado”.

Con registros sensoriales y léxicos tan acusados no es mera formalidad que llamemos a la de Ramírez prosa realista o naturalista y —en su exceso— una prosa cercana a la literatura negra. O, al menos, que se ve tintada de un espacio social que ve la vida en negro. Aunque estos seres de guiñol atraviesan *un delicioso laberinto de sensaciones*, única compensación que la ficción ramiriana les ofrece. En cualquier narrativa hay muñecos vestidos como un Hamlet de barriada que tan sólo se animan durante la noche impresa...

* * *

Llega el momento de mostrar la clave psíquica de los textos y personajes de nuestro autor. Veamos antes de cerca a estos últimos. Por un lado Blasín, el que contaba *de carretilla* en *Cada cual arrastra su sombra*; ese muchacho que se ve a sí mismo como un *cobarde, miedoso y vengativo*. Seguimos su regreso a casa, su noviazgo, el acoso que su madre sufre por parte del Rimero. Por otro lado está la madre, que se desahoga pensando no ser escuchada y de ese modo desata un pasado que compromete a Blasín a plantearse un Hamlet *risquero*. Por una esquina del texto aparecen dos borrachos que *necesitaban hablar con alguien, engatusar a sus respectivas soledades*. Tras los presentimientos de Blasín llega la convicción de la doble culpabilidad del Rimero. Y la venganza: la honra de sus padres queda rescatada.

Blasín es un personaje bastante sufridor, pasando por un *drenaje ansioso pero lento*. Sus angustias son en realidad pasiones fronterizas: los celos, el orgullo, la honra, la urgencia libidinal. A personaje tan intenso, intensas sensaciones (“los temblores eran a matarme”): nervios, tristeza, depre-

sión. El tenso y deprimido Blasín sólo descansará sublimándose en la venganza, pero también en el ejercicio de nadar o en una borrachera de sol. (Esto último trae a la mente aquel entorno de playa argelina de *El Extranjero*, de Albert Camus.) Blasín tiene la encarnadura suficiente para ilustrar la tragedia de la no-aceptación. Su motricidad anímica encadena todas las urgencias de sus despiertos instintos sexuales y emotivos. Puede decirse que respiramos aliviados cuando leemos que reconoce ser *un camello de bruto* y que volverá al bungalow donde descubriera la falta de virginidad de su reciente esposa, a pedirle perdón. Pedir perdón es otra ocasión límite en los personajes ramirianos: lo más difícil para un orgulloso cobarde. Pensamos entonces que Blasín llegará a ser el hombre que busca ser cuando use su inteligencia, cuando asuma la realidad. Pues hasta ahora ha sido únicamente un ser desasistido —que no se asiste— y desasumido —que no se asume—.

Muy parejo a estas características es el protagonista de *El arranque*, segunda narración de este volumen. Otro muchacho traumatizado, esta vez debido a su alergia al olor corporal femenino. Lo vemos progresar argumentalmente en línea recta, contándole a un alguien cualquiera su vida. En otro lugar hemos creído ver en ese interlocutor un amigo no tan fugaz como parece ser, sino más bien cómplice: ¿es acaso el lector? Cuando este protagonista sin nombre descubre que la primera mujer tolerable en su vida es un travestí, que además le roba, sufre un *arranque*: regalará su hermoso piso en un bloque recién construido a una familia que *está en la calle*, es decir, que ha sido desahuciada. Ese ser *desarraigado y apocado* es, al igual que Blasín, un convulso pasional que desea afirmarse cuestionando su masculinidad. Le veremos superar de un modo físico todas las decepciones, las obsesiones, las depresiones, arrebatos, sospechas, ansiedades y comezones que se cruzan en su vida de hipersensible. Nada más físico, en verdad, que la célebre carcajada *que lo hizo lagrimar y orinar unas gotitas*, como acaba el relato.

Sus reflexiones se extenderán mucho, al contrario que en Blasín, al mundo exterior: a la sospechosa superioridad social que manifiesta la clase en el Poder; su modo de medrar sin escrúpulos, los privilegios que detentan, la corrupción e inutilidad manifiesta de las instituciones. Un catálogo de temática social que, en resumidas cuentas, sólo por aparecer en 1971 significará una lectura ideológica de la realidad en clave literaria. Y un notorio pronunciamiento escrito que alinea de algún modo a su autor con la parcela social más en precario, quedando ambos conformes en la *lucidez de la rebeldía* y en la *impotencia cobarde del que se regodea con el daño ajeno*. Aporte tan valioso de conocimiento social se revela paralelo a la presión ejercida sobre el conocimiento psíquico. Esa toma dual de conciencia se refiere pues, doblemente, a la cuestión de la identidad personal y a la identidad común. Víctor Ramírez nos está hablando en *progresión simultánea* de sí mismo y de su raza de barriada, perdedores encastillados en sus trece. Cualquier lector reconoce que se ha identificado o no con la historia contada: son los pasos previos a la *toma de identidad* en que nacen tales postulados narrativos. Desde una posición clasista es más fácil tomar conciencia de clase. Fueron aquellos años de estrecheces, racionamiento; bastaba sobrevivirse por instinto. La provisionalidad que alcanza a todos los campos acentúa los estigmas del coloniaje en la gente pobre y —dirá el autor— la hace cobarde.

Así contadas, todas las características que cuadran con el retrato-robot de la clase retratada nos resultan señas de identidad muy familiares, todo es desvelamiento. Piénsese en el discurso directo de los personajes donde un estado anímico despliega consecutivamente la ansiedad, la intolerancia, el cariño familiar, la indolencia, la solidaridad de barrio, la fanfarronería, el alcohol, el machismo irredento, la dañina costumbre de pensar con el corazón y esa pulsión erótica, nudo gordiano de lo que es contado: *Mal asunto el que se te clave una hembra entre ceja y ceja* (...) *El ansia de*

poseerla te desquicia. Ya desde el simple retrato inicial de los protagonistas se advierte en ellos esa comezón de la libido, ese malestar psíquico que resulta de una represión sexual aún por entonces no superada. Es este un punto muy decisivo en la obra de Ramírez: la sexualidad es una puesta en juego de nuestra *identidad*. Personajes en busca de su identidad son una presencia genérica en nuestro autor. Lo que nunca queda claro es si el mismo autor plantea con espíritu alternativo los ideales de realización personal o de emancipación social que ilustran sus textos con ejemplos de lo contrario. Queda saber si el autor se asume: esa es la incógnita que mantiene con dos novelas siempre inéditas e inacabadas.

Por otro lado, está claro para nosotros que en una sociedad subdesarrollada de dominante matriarcal, la condición masculina se ve fácilmente asaltada por una suerte de intimidación emotiva, por una insatisfacción de lo que se supone sean sus funciones, lo cual implica un serio obstáculo en su realización social. Ello unido a las endemias psicomotrices del coloniaje hace que puedan darse habitualmente por la calle hombres y mujeres desasistidos y desasumidos en su afirmación vital. De ahí a plantearse situaciones edípicas características va sólo un paso: el apalabramiento literario. Cuando Blasín venga a su padre se da una rebelión simbólica muy genuina en este medio social, tan antigua como es en la tradición cuentística y mitológica a niveles terráqueos...

En esa situación se encuentran esos hombres sin geografía ni gentilicio detectables, pues el texto los evita cuidadosamente. La toma de distancia simbólica que hace el autor, desdoblado como persona/pueblo y la limitación caracterial al único barrio/mundo de toda la obra posterior de Ramírez están ejercitando un calado antropológico y simbólico de la forma de vida de un lugar que pudiera, incluso, ser el Archipiélago. Hay aquí un pueblo desprevenido de su conocimiento, asustado por su crecimiento sin transición y la sexualidad es la primera piedra étnica, que no la única, en

el camino de la rehabilitación dentro de una sociedad civil: el sueño de contar solamente como personas. Que cada cual aguante su vela, arrastre su sombra. La educación y la cultura —parece añadir Ramírez— serán la única alternativa posible a este estado patológico de cosas. Algo necesario y urgente en un país donde se repite como emblema y seña tribal que *la ignorancia es atrevida*.

* * *

Una vez hemos recorrido los accesos que proponíamos a los textos de Ramírez procuraremos hacer un resumen de las ideas fundamentales que nos trae su relectura. Creemos que van ustedes a leer a continuación dos de los mejores bloques en prosa de la literatura hecha este siglo en Canarias; de los contados que podrán sobrepasar el siglo con holgura cualitativa. Creemos también que debería no haber un V.R., sino diez, cien autores como él para revolucionar la pobre inercia literaria, cultural y social de las Islas, donde sigue sucediendo que unos pocos autores se lean entre sí. Soñamos incluso con cien mil lectores isleños —y de hablantes isleños transterrados a América— como una primera etapa hacia la normalización cultural. Tan sólo fuera para que esos cien buenos autores sean gratificados en vida con una atención lectora y así puedan morir, por una vez, satisfechos. Que no se quemen en la hosca ceguera de sus contemporáneos, pues no hay peor quemadura para quien escribe que saberse no suficientemente leído, ya sea por la emblemática ignorancia ambiental, por la falta de hábito lector en la era de la imagen o por dependencias varias.

Ante estos textos creemos encontrarnos con unas raras piezas de prosa intencional que substraen lo literario de lo vivo; con alguien que se sirve de técnicas léxicas y narrativas bastante nuevas en la literatura escrita en nuestro idioma, homologándose de ese modo a otras áreas geográficas de la lengua española. Creemos estar frente a una factura creativa

que, en su conjunto, cumple su propuesta de intenciones: dar a entender que la materialidad de lo contado es, por habitual, creíble, comprobable más allá de los arquetipos literarios. Una obra donde la psicología de sus personajes revela una manifiesta patología del tejido social, trasunto de la unión de individualidades *tocadas* por el polo negativo de lo insular. Opinamos que el formato expresivo de las dos narraciones de Ramírez vehiculan una renovación directa de ciertos planteos ideológicos y caracteriales siempre aplazados, cuales son los puntos oscuros evidenciables en el conocimiento de un *ser* canario y un *estar* en Canarias, sólo que vistos desde la óptica inerte de la Literatura. Sabemos, no obstante, que este visionado humano en lo individual sobre la tribu paciente de los suburbios, y el tejido social auscultado por el lado más perentorio, son *textos intencionales* de un tono que ya se anunciaba en las Letras Canarias. No otra cosa anuncian *La Lapa* de Angel Guerra, los cuentos de Bermejo, el primer Isaac de Vega y, por favor, no olvidemos aquel relato gracioso de Ignacio Aldecoa (*Parte de una historia*) ciertamente escrito *en Canarias*, el cual juzgamos muy importante como visión externa de nuestro *estar*.

También hay constancia de que en Ramírez hay un grado —más que exigible en los autores noveles— de valentía textual que secunda la línea tendenciosa que *Cada cual arrastra su sombra* está expresando. Será incluso un documento básico que nos ayude a comprender qué tipo de gente somos en este lugar y este tiempo, qué tipo de obstáculos se oponen a nuestra externalización personal y social para que apliquemos una fuerza reactiva opuesta, no cediendo a la intimidación emotiva, priorizando la seguridad y el bienestar sobre la *magua* dependiente.

Creemos que es ahí donde duele, y donde se cifra el valor fundamental de estos relatos: la tremenda bronca que Ramírez se echa a sí mismo en los demás nos concierne como

lectores solitarios y cómplices. Pero nos concierne igualmente como colectivo general: es un aldabonazo que resuena aún hoy, cuando han pasado cerca de dos decenios de ser escritos. Leamos pues estos cuentos despacito, porque son un elemento auxiliar de autoconocimiento y de resolución en algunas cuestiones de identidad aún pendientes de debate. Veamos cómo la escritura, ese bien social en blanco y negro, sigue divirtiéndonos y advirtiéndonos sin tregua.

ANGEL SÁNCHEZ

Había dos vasos en la barra y una botella, dos vasos acabados de vaciar y una botella mediada, también una lucerna de araña en el techo, viejísima, de cinco brazos de metal y tres bombillas fundidas, una luz tenue, vidriosa, espolvoreada, de las que hacen amargar la vista arrugando el entrecejo y la nariz. Había dos hombres apoyados contra el mostrador, dos hombres que se hubieron mirado por unos momentos a los ojos cuajados, como si hurgaran recíprocamente en las pupilas del otro, borrachos, y buscando consuelo cómplice, entibiados sus corazones, asegurándose que sí, que tú también eres un hombre, igual que yo, pues tu mirada es un pozo de interrogantes y de amarguras pardas, desvaídas ahora, un pozo sin fondo visible, donde cabe todo, y uno de ellos hubo de decir, no se sabe cuál, que Dios aprieta pero, se dice, no ahoga, que es lo malo, que no acaba de ahogar.

Fue en una tienda de barrio, en una de éstas en las que además te sirven bebidas por la parte de allá del mostrador, separada por una mampara de chapa de latón del lado de acá, donde se venden los comestibles, y cintas para el pelo de las mujeres, hilos de todos los colores, hilos de coser y de bordar, y libretas, petróleo en un pequeño surtidor, chocolate viejo, corrompido, un chorizo extremeño cagado de moscas colgado al techo, y más. Parecía hético el que despachaba, aunque no tosía, con la mirada echada fuera, ansiosa, el belfo leporino, mimoso, nariz afilada en paralelo, ganchuda, las mejillas chupantes y descoloridas, sucias de barba salteada; y echaba maldiciones en su íntimo más

cercano el que despachaba, y soplabla y bazucaba un caldo de pichón en una taza de barro vidriado esmaltado de blanco con dibujitos azules, un caldo calentito que acababa de traerle su hija la mayor, la del trasero respingón. Y se repetía entre soplos que tras cornudo apaleado y que jodido por el día y jodido por la noche, y mañana, ¿qué mañana, si ya pasa de la medianoche?, y dentro de un par de horas al mercado, que yo trabajo, señores, por si acaso no lo saben. El que despachaba ponía la vista con demasiada insistencia en un reloj despertador que colgaba, algo milagrosamente, en la mampara y que tapaba la cabeza de la bañista del almanaque.

...Maluisa fue y me llamó siseando; me le acerqué. Es Maluisa la hembra de uno del sur, parece buen hombre, no se te mete con nadie, adiós por adiós, se porta caballero y es de ver cómo viste, elegantón, clavel en el ojal, perfumado, y hasta se enrolla un pañuelo rojo o verde de seda al cuello, y del que cuentan no pudo soportar las continuas pejugueras de su legítima y acabó arrimándose a Maluisita, solterona a quien se le escurría la esperanza con sus cuarentitantos inviernos bien conservados, por cierto, solita desde que murió su madre, y muy servicial, mujer de su casa, Maluisa, que ahora irradia puro contento, el párroco ya no le saluda y tan amigos que fueron, si la viese cómo canta en la acequia cuando lava. Y se me viene y susurra al oído, no fuera nadie a oírla, Blasín, te lo tengo que decir porque me levanta pena tu madre, yo sé lo que es una madre viuda desde joven, y porque me indigna esto, sabes que no soy amiga de novelería, yo a lo mío sin olisquear lo ajeno, porque cada quien que soporte su sí y su no, a tu madre la aprecio como a la mía que Dios la tenga descansando, y se persignó, y porque me da coraje venga un abusador borra-chín, madriguerado tras un cargo principal, a molestar a una pobre viuda, atosigar a una santa mujer, Dios sólo sabrá qué fatiguitas habrá pasado para sacar adelante, ella sola, tres hijos, y más como estaba la vida tras la guerra, yo sí lo sé, ese barril de ron porque sí y ya está, porque no es

un hombre cabal, sino un baboso putañero, dispensa la palabrota pero estoy envenenada la sangre, que ha puesto sus asquerosos ojos en, bueno, a lo que vine, tu madre no, no está vieja, no, ten cuidado con el Rimerero...

...Me eché novia demasiado joven. Mal asunto éste de echarse novia muy pronto. Apenas unos chiquillos los dos. Era de mi mismo barrio. Su casa en la esquina de arriba, la mía casi en la esquina de abajo. Siempre fue la más bonita, mal asunto. No te aconsejo que tu novia sea la más bonita. Conoces a las mujeres, viejo. La buena es el tesoro que no brilla. La otra, la que encandila, es oropel, puro sebo barnizado. Linda como el arcoiris sobre el Atlántico, y yo hacía mi faena, aquel trabajo en el Sequero. Y ella me la jugaba mientras. Dice ella que no. Y dice mi vieja que no puede ser. Que la honradez rezuma en su mirada. Anda, hijito, anda. Suda ilusiones, suda. Que tu novia te espera con impaciencia. Se la come la impaciencia, viejo. Con los ojos en blanco, ansiosa de tu calenturiento cariño. Haz guardia, arrúllale al desierto. Que ella suspirará sobre su mullido lecho por tus arrumacos. Y no te acuerdes de tu vieja, viejo, ¿para qué?...

Y los vasos se habían llenado otra vez, la botella trémula, derramándose el ron, un charquito oloroso y titilando los reflejos de la lucerna en el cinc de la barra. El que despachaba libaba caldo ya entibiado y miraba por encima de la taza, atravesado, mirada de sapo, a ese par de plomos, borrachos sucios, bodegas, mejor me pagaran de una vez y se fueran a soltarla donde la cogieron, eso me pasa a mí por despachar a borrachos. Y se apoyaba con la palma de la mano libre y con el canto de su cadera contra el borde de una consola con tapete de hule color cacao y que estaba llena de botellas arriba, en el medio, debajo. Se dijo encorajinado y extremadamente lívido que los vasos están llenos y no beben los condenados, todavía queda en la botella, por si fuera poca mi desgracia, maldita sea mi suerte. Mientras, miraba obstinadamente el despertador.

... sí, ten cuidado con el Rimero. ¿Cómo?, mosqueado; que abras el ojo con el Rimero, sé lo que me digo; y mi atención, impacientada con tanto circunloquio, se encabritó sin entender aún ni tanto así, Maluisa siempre me pareció buena mujer, y me mantenía intrigado, ¿cómo que tenga cuidado con el Rimero?; tú haz lo que digo, me da rabia ese puerco cara zanahoria, fanfarrón abusador, así nadie puede verlo, y respételo usted porque tiene que ser importante, no me explico cómo no le quitan el cargo. Por favor, Mariluisita, calma, serénese, que me tiene embrollado y estoy ya nervioso con tanta intriga, sí que todo el barrio le tenemos cierta tirria, pero dígame de una vez de qué he de cuidarme; tú sigue mi consejo, Blasín, que no se me cuarte la lengua, tú lo sabes, y dejé el potaje al fuego, me voy, que ahorita mismo llega Adolfo el mío...

...Si conociera yo el paño, madre. Déjeme a mí y no se meta. Que no quiero disgustos con usted. Pero nada, la vieja no me haría caso. Uno, en la ruda lejanía se acuerda algo de la vieja, al principio. Si tienes que coserte un botón o lavarte la ropa, ¿verdad? Pero, y pronto te haces a todo. Entonces, el recuerdo queda repleto de la otra, y sus miradas, aquel beso que le robaste, su mano sudorosa y tibia en la tuya y paseando. Mamarrachadas de las que no escarmientas. Y de la pobre vieja ni te ocupes, a menos que cojas una fiebre o te duela la tripa. A la novia ahí va carta diaria, y fotos. Las sobras para la vieja; ¿y a usted qué le digo, madre? Y no se te ocurre lo más mínimo que escribirle. Resulta tan pesado...

El delantal del que despachaba, a efectos de la penumbrosa luz de la lucerna, parecía un precioso cuadro impresionista con ribetes surrealistas, una pesadilla chillona de cromática mugre. Tenía el que despachaba unos ojos abotagados, quizá por la obligada vigilia, y le temblaba la taza, vacía ya y olvidada en su mano, la rabia rumiándole maldiciones en su mutismo zorruno: ¡fuerte diarrea de hombres son éstos!, cuenta el uno y cuenta el dos, ¡y qué historias!, para morirse

de asco, sin escucharse, a la vez, me ponen la cabeza hecha un tambor, la voz pastosa y grave uno, atropellada, flautina y nerviosa el otro, ¡y ya pasa de la una!, santo cielo, cualquiera dice que se vayan, es tan flojo este mi carácter. Y volvía a mirar el despertador y, apenas más abajo, el ombligo de la bañista del almanaque.

...y se iba Maluisa, dejándome con las preguntas colgadas entre los dientes, imagínense cómo quedaría, quedé saco vacío inflado; a mí tampoco me caía lindo el Rimero, que digamos, pero ni caso, a mí qué, él por su acera y yo por la mía, sí, jodelón del pobre, no permitía ni reparar una pared sin el permiso del consejo, pero corderito cuando llegaba Navidad y los tenderos le hacían regalito y el de la panadería le mandaba su mazapán correspondiente; y desaparecía Maluisa por la esquina cuando recordé que alguien me dijo, me hubo dicho hacía algún tiempo, que el Rimero había pretendido los amores de mi madre, allá por jóvenes ellos, cuando la guerra, yo me lo hube tomado a lo simpático, socarrón, y que mi madre le dio caldero por peleón y putaño, guapetón él, eso había dicho quien me lo dijo; y con esto trajinando mi mente caí en el caso de que el individuo me miraba raro, seco, y me decía adiós sin embargo, cosa poco frecuente en él, que apenas saludaba así con la cabeza...

...Sí, resulta tan pesado escribir a la vieja. Y la novia engañando. Ella decía que no. Ni que yo fuese tolete. Tanto ir a misa para eso. Nada, que esas son las peores. Pero yo la quería mucho. Y es tan bonita la condenada. Y parece modosita, la vista en el suelo, no fuese a derramársele. Si la vieses dirías: buena muchacha, sí señor. Todo el mundo lo decía. Ah, a mí no me engañaba, lo reconozco. La quería mucho, a lo ciego. Eso duele, querido. ¿Tú me entiendes? No. No me entiendes. Nadie entiende a nadie. Es la vida. ¿Y por qué?, vamos a ver. A fin de cuentas tú también tienes un alma, ¿no? Tu dolor es dolor también, y el mío. Pues ya está. Puedes entenderme. Lo malo es que uno sólo ve con sus propios ojos y ¡claro!...

El que despachaba vio como un trocito relumbrón de cielo cuando oyó que el de labia pastosa lo había mirado y dijo dirigiéndose a él, interrumpiendo con patente esfuerzo sus confidencias: Creo que debemos irnos ya, que aquí, el señor tendero, tiene sueño y necesita descansar; y: ¿se le debe algo, Cristobalito?, afile bien el lápiz, y no se tire a los mortales, eh. Y al que despachaba le temblaba el pulso cuando apretuñó un tronquito de lápiz roñoso entre los dedos de su mano zurda y garabateó sobre el zinc del mostrador, moviendo los labios como si musitara. Y siete son veinticuatro, me llevo dos. El esfuerzo mental era respetable, fatigoso. Y yo no me llamo Cristobalito, gracioso el muchacho, y que tengas que cobrar una porquería después de todo, cuando esto no hay dinero en el mundo con que pagarme, encima chanzas, Cristobalito dice el simpático. Se perdió en la suma y tuvo que comenzar de nuevo. Ocho y nueve son diez yyyy siete, y seis son.

...por eso me había dejado mosqueado la Maluisa con tanto misterio y me fui rápido a casa para preguntarle a mi madre; no quise interrogarla así de sopetón, aguardé a que me pusiese el almuerzo, mis hermanas llegarían más tarde, sobre las dos; ¿ma?, ¿qué quieres, hijo?, que qué dice Maluisa qué pasa por aquí con ése, con el Rimero ese; yo la observaba atentamente, ella pareció cortada de remplón, encogida sobre la cocinilla que había apagado, haciéndose la que no hubo oído, pero le repetí más fuerte qué ha pasado aquí con el Rimero; ella entonces hincó su mirada en lo que había cocinado y susurró "nada", que no pasaba nada, que qué habría de pasar, violentada, sin osar volver sus ojos hacia los míos clavados en su nuca nívea, en los tres mechones que se le escapaban del moño, ¿a qué viene esa pregunta, Blas?; es que Maluisa, no hagas caso de nadie, habladurías, Maluisa es una buena muchacha pero, habladurías, que si algo pasare yo sería la primera en ponértelo en conocimiento; y me miró por fin con una sonrisa consoladora, a tranquilizarme, y por primera vez en siempre vi que mi madre no era vieja, sí, Maluisa tenía razón, y

debía ser bonita en su juventud, de facciones pequeñas y correctas, algunas arrugas, pero embellecedoras, ennoblecedoras, mi madre es de piel fina, satinada, y no está envejecida a pesar de tanto trabajo y fatiga que habrá pasado, pensaba yo olvidándome del Rimero, hasta que me acordé de éste y fue una rabia ruborosa, caliente, la que cacheteó mis mejillas y la que revolvía mi estómago, no como más, no tengo apetito, y me levanté: ma, si ése, si ese hurón osa algo, no esperes a que me entere por otra persona que no sea tú, no tengas miedo y dímelo ¿eh?, bueno, me voy a acostar un rato, avísame a las dos; ya salía de la cocina, pero madre no atajaba sus nervios, haciéndose la trajinando con los calderos, pálida, cambiándolos de sitio sin motivo, recambiándolos, que algo pasa, ma, y debes decírmelo, no esperes a mayores consecuencias, que soy el único hombre de la casa y tienes dos hijas solteras y con novio, no vayan a decir, fíjate bien...

...Y la vieja ponía cara de circunstancias. Llevas siete años con ella. Decía la vieja regañándome. Eso no se hace, dejarla por nada. Y yo le digo a usted que no, madre. Esa no me conviene. Usted me quiere, ¿no? Pues déjeme con lo mío, madre. Sé lo que me traigo. Que las mujeres de hoy no son como cuando usted. Son mulas las mujeres. Y la vieja se ponía mohína conmigo. Ahora la culpa es suya. No, es mía, por zoquete. La vieja tenía razón. Por eso fastidian los noviazgos largos. Te amarran. Pero yo la quería, cada vez más. Claro: conmigo era muy decente: no toques, está mal. Y yo, bobo, no tocaba. Me consumía pero creciendo el fuego. Si un día te pones de novio, procura que tu vieja no se encariñe con la novia. Es una jodienda de las grandes. Es un robo grave lo que haces. Le has hecho perder contigo sus mejores años de vida para ahora dejarla por boberías tuyas. Por celos sin fundamento, me decía. Y Dios te castigará, me repetía. Que Dios no tiene por qué castigarme, madre. Yo lo vi con mis propios ojos, madre. Y no me deje calentar, por favor. Es perro enamorarse para total leche.

Y lo tristemente gracioso es que te casas y se acabó. Lo que tanto ardía se apaga, fuuuus, con un soplo...

El que despachaba calzaba sandalias de tiritas; y sus dedos, amarillentos, peludos, uñas arqueadas de negra suciedad, asomaban feos, gusanos, nauseabundos, sin que lo advirtiese nunca; el que despachaba no acostumbra mirarse los pies. Y ahora miraba el despertador y el ombligo de la bañista del almanaque, la entreingles no, que le daba escalofríos. Ya había sacado la cuenta, no sin esmerado trabajo, una verdadera birria, y sólo le faltaba esto para remachar el clavo, que si pago yo, no que invité yo, déjalo, que no, que yo, pero ni el uno pagaba ni el otro hacía amagos de sacar el dinero. Y suplicó con la mirada que, por favor, acaben ya, que dentro de unas horas he de ir al mercado, que casi son las dos; ¿yo qué habré hecho para merecer esta cruz, Dios?, y de tea. Su cabello jaldado y finísimo, lacio, sudaba aplastado contra su huidiza frente pálida, iluminada, reverberando la lucecita que bajaba, débil, del techo. El que despachaba, cuando habla, ganguea; por eso apenas habla, pero piensa mucho que habla, y él solito, en su mente, entabla sustanciosas conversaciones, interpelándose, animándose, se insulta, se disculpa; acabará chiflado. Pero por fin cobró, una verdadera birria: y dice el puerco ese que si se ha roto algo, ¿por qué no van a dar la lata al Cacatúa Dorado y así verán que no hace falta romper nada para que les levanten el sueldo de un mes, borrachos? El que despachaba no había ido nunca al Cacatúa Dorado ni a ningún cabaret. Pero yo no escarmiento, y me lo tengo merecido, por judío, por tolete; luego, viva la madrina, me llama Cristobalito, el muy sojodido. Ahora que se van a ir, el que despachaba había perdido el sueño, mala suerte.

...que no ha pasado nada, Blas, no seas bobo, habladurías, bah, y acuéstate, anda, ¿qué va a pasar?, tú sabrás, ma; y me fui al cuartito de la azotea, me boté en el colchón, aturdido, la barriga vacía, y no logré dormir un poco siquiera; cuando sentí llegar a mis hermanas: ya falta poco para las dos, y

tuve que levantarme más cansado que cuando me acosté; es que tengo, yo, dos hermanas, sí, más pequeñas, a una le llevo once meses y a la otra algo más de dos años, son dos joyas, bonitas como atardeceres por el Peñal, y tienen novio, parecen muchachos de bien, no los trato apenas, serios, pero yo los amarro firme, que si no, ya sabes, el más cojo baila, pues no vayan a creer que porque no tengan padre van a volar como palomas sin palomar, no señor, eso sí que no, que yo les corto las alas, a las ocho en casa a más tardar, qué se han creído, hoy la juventud ya sabes, que si tienen que decirse algo en casa es el mejor sitio, ya tendrán tiempo de querenciarse cuando se casen, y les sobrá, además: tú sabes cómo somos los hombres, donde nos pongan echadero nos acurrucamos, para que luego vengan las lamentaciones, fue en un momento de locura, que si la engañó el muy sinvergüenza, que no, que hay que prevenir, ¿o no?, que luego Dios qué he hecho, y los palos a la madriguera el conejo ido, disculpas y demás jairadas. Trabajan en Calzados Segundo, la más pequeña es la cajera, a lo mejor la has visto, ¿qué?, ¿no es preciosa?, se parece a mi madre ahora que lo pienso, además les dije a mis cuñados que si iban a salir con mis hermanas que abriesen el ojo, que para pasarratos sobran planes, que yo era a lo efectivo el padre y tenía que mirar por la honra de mi casa, pero parecen buenos muchachos, que traen buenas intenciones, uno de ellos es maestro de escuela, con gafas, tranquilito, bien vestido, serio, buenas tardes y se sienta tieso, ¿habrá besado a Cionita?, me daría risa, tan serio y tieso, je, a Cionita se ve que le gusta él, allá ella, no le he visto riendo aún...

...Con un soplo se apaga. Sin embargo no escarmentamos en testa ajena. Y acabas casándote, aún esperando lo que te aguarda. Parece una maldición eso; parece no. Lo es. Trabajé en el Sequero, lejos, te dije. Las pasé perras tragando arena, rumiando sed que tienes que engatusar con agua salobre. Fuerte frío de noche en la carpa. La carne era piedra elástica. Y el sol que te ciega y te cuarteja los labios. Tú habrás oído

hablar de aquello. Pero hay que pasarlo, que se nada bien fuera del agua. Si lo supe yo. Y te sabía a suela de zapato con aceite y vinagre. Linares decía: a mi suegra parece esta carne, por más que muerdas ni la mellas. Linares era marica; y tenía suegra, decía. Uno, sin embargo, se acostumbra a todo, suerte...

El que despachaba tal vez dormiría ya. Mientras cerraba a espaldas de los borrachos la puerta canela con paneles verdes, se había dicho en su para sí que por fin se fueron, y una alegría pequeña, descansadora, le subió de los pies a acariciar sus enormes párpados ranosos, Dios; qué cruz. Y el bobo es uno, por vendet la bebida por botellas y a tales horas, cuanto más a dos que vienen cargados, para luego faltarme valor, clavarlos de mala manera. Nada, el que despachaba nunca escarmienta.

Fuera, en el conticinio de la noche mansa, primavera, de celajes claros, diluidos, sin luna, las estrellas como lagrimitas frías y distantes, borrosas, había una brisa besucona entrando por los humedecidos ojos de dos hombres borrachos que se hubieron sentado en el murillo del arriate que estaba enfrente, con flores amarillas, rojas, lilas de borde amarilloso, azulonas, dos borrachos que ahora empinaban la botella, primero tú, te toca a ti, déjamela a mí, por riguroso turno. Y el silencio, de pronto, se agudizaba por el contraste del croar unas ranas allá abajo, en el estanque de limo verde, al otro lado del barranco, justo en medio de aquella finca de plataneras, y del estridente y continuo, majadero, lamento chirrioso de ese grillo por ahí cerca, quizá entre estas mismas flores. Eran dos hombres borrachos, callados a momentos pensativos, tristes, sorbiendo ruidosamente uno por la boca del gollete un ron con color de orines viejos y contemplando absorto el otro hasta su vez. Eran dos borrachos oreándose.

...es muy serio, mi hermana en cambio es algo cascabeles con sus bromitas y bullangueras risotadas, pero si a ella le gusta el muchacho que le aproveche. Esta mañana me había

ido al trabajo como de costumbre, puede que un poco antes por ser sábado y darle un buen avance al asunto este de la cocina que estoy reparando aquí por la capital, a ver si lo acabo la próxima semana ya, me dije, y antes del mediodía me sentía más que satisfecho por lo adelantado y decidí dejarlo por hoy, serían las once y ya estaba harto de tanto desafiñonarme, toda la semana apencando como si fuese un esclavo, hasta las tantas de la noche, agobiándose uno para nada, les dije a mis peones, tengo tres: muchachos, esto murió por ahora, aquí tienen la manteca; y les pagué, desistiendo, luego, de invitarme, ¿qué: una copita, Blas?, no, no, me vuelvo a casa, compré un casar de palomas y quiero empezar a enseñarlas, gracias de todas formas, otra vez será. La guagua se llenaba pronto de mujeres con las cestas y los bolsos, los cartuchos, repletos de víveres; venían de la plaza, y yo, como fui de los primeros en subir, logré sentarme junto al cobrador, Genaro, también del barrio, gordo, buey, pero tuve que levantarme, no fueran a decir, y ceder el asiento a Rosita la de Perico; mojando con la punta de la lengua la yema de su pulgar, daba los tickets y cobraba, sin mirarme, devolviendo en calderilla que se le escurría entre sus dedos rollizos, hablando como quien mastica carne dura: el árbitro estaba vendido, no dirás que no, ¿aquello se pita?, vamos hombre, y entiende del fútbol, claro, el técnico; y a mí me divierte verlo tan interesado, tratando asunto tan importante. Al fin llegaba yo a casa, la calle era polvillo blanco, silencioso, espolvoreado por una brisita callada, imperceptible, era el perro tuerto husmeando una piedra, era un pajarillo chirringo abandonando el ligero temblequeo del alambre telefónico, era una mujer vestida de negro, allá arriba, al final de la calleja, con una lata de agua en la cabeza, era el desalmado Rimero saliendo de mi casa, tambaleante, destellando sudoroso de repente su cogote. La calle fue una sensación de heladez que me pinchó las pantorrillas, una idea brumosa y mala, desgarradora, ingrata, perra, que se me trincó dolorosa en la mente, fue unas ganas de morirme allí mismo o de tener las suficientes pelotas para cortarle el gáznate a aquel descastado, que no

me había visto llegar porque había enrumbado hacia arriba, dándome las espaldas a mí que venía de abajo, estaba él de servicio, siempre estaba de servicio, borracho...

...Es gracioso Linares. Menudos golpes se rascaba el Sodomita, como le puso Miranda. Y me acostumbré a la soledad. Porque todos se acostumbran a todo, hasta a lo último. Ahora recuerdo que hubo Confirmaciones allá. Me tocó apadrinar al hijo de un amigo. Pero no fue el Obispo. Un delegado, que mandó cerrar los portones de la iglesia. Nunca he podido explicarme por qué mandó cerrar los portones de la iglesia. El calor era sólido, no lo tragabas. Y dale que te habla, el cura, qué sermón. Y que no te enteras de lo que dice, todos en silencio. Y nos aflojábamos la corbata, el cuello de la camisa. Resoplábamos. Eso sí, en silencio. Respetuosos. Y nos movíamos de un pie a otro, sin movernos. Los calzoncillos se pegaban a las ingles, en la entrenalgas. No quiero ni acordarme, qué fatigas. Se me metió tal picazón en todo el cuerpo que ya. Al mi ahijado, para colmarla, le entraron ganas de mear. Pues te aguantas. Y no pudo aguantarse. Je, buenos recuerdos, je. Por fin acabamos el trabajo, volveríamos a casa...

Por el talud de tierra blanda y llena de guijarros y basura, la botella había rodado vacía, un poquito ruidosa, asustando a tres ratas que merodeaban cautelosas entre cacharros vacíos. Uno de los borrachos vomitó, aliviando así su estómago; fue el de habla pastosa, el de la novia cuica. El otro interrumpió asimismo el monólogo y lo contempló con el gesto perdido, la mirada almidonada, dando cabezadas hacia adelante, pesándole un sueño molestón, zarandeada su mente por una vorágine de sensaciones indescifrables, vertiginosas, huracanadas. Su silencio le dañaba:

...El Rimero salió de mi casa, no me engañaban los ojos, no creo que haya estado aquí con el consentimiento de mi madre, no lo creo, pensé, ¿y si entró a la fuerza?, no se atrevería, no me cabe que se atreva, siempre está borracho,

a lo peor mi madre, no puer ser, Dios yo lo mato, me chillé sin mover la lengua y sin osar seguirlo, estaba allí su mano rascando en la cintura, caminaba como alelado él, y yo, después de lo que me había insinuado Maluisa, no puedo creer, no, que ma haya, no. Entré en casa con la sensación de que corría arrasando por la puerta, por cuanto se opusiera a mi paso, pero mi andar real fue cansino, perro apaleado, rabo entrepatas, de buey arando, y ma estaba en la cocina, sentada con abandono en el taburete viejo, con la vista recogida hacia su regazo donde entrelazaba sus manos secas y blancas, redondas, dando hipidos suspirones que la zarandeaban a intervalos, las mejillas enrojecidas, habría llorado, el cabello deshilachado sobre la frente y sobre las sienes. Verla así fue relampaguearme por el cuerpo una especie de frío eléctrico que me dejaba sin poso alguno de coraje, y ¿qué pasó, ma; qué hacía aquí ese hijo de?; se asustó momentáneamente, sobresaltándose, intentando secar con desmaña las lágrimas ya secas, y acabó abandonándose de nuevo, en silencio primero y en un delirio tranquilo, como en confesión, después. Le hube seguido insistiendo en qué pasó aquí, en que yo a ese perro lo destripo aunque me pudra en la cárcel, dándome valor, horneando mi sangre, pero ma seguía silenciosa hasta que comenzó a vaciarse monótonamente, sin alteraciones, como en un drenaje bien hecho: ese bandido me tiene aburrida...

...Sí. Por fin regresaríamos. No lo esperaba tan pronto. No te puedes imaginar mi contento. Imagínate; la novia: se me engrifaba el pelo nada más pensar en ella. Y me embelesaba viendo sus fotos casi sin descansar. Tanta prisa por casarte me lastima, bromeaba el Linares, atento, zorrillo. Y en la vieja nada, maldita sea. Para que luego tengas hijos y te deslomes por ellos. Le escribí con mayor dulzura, vainadas, que nunca. Incluso copié, cosa que nunca me hizo gracia, trozos poéticos, más jairadas, de un libro del capataz. A la vieja tampoco quise decirle de mi regreso. Les daré la sorpresa. Es más emocionante. Mi espíritu parecía padecer el temblique desde que supe lo de la vuelta. Mal asunto que

se te clave una hembra entre ceja y ceja, mala cosa. No halles remedio, peor que una enfermedad...

El que hablaba pausado hizo una parada para aconsejar al de verborrea fluida, que por cierto cortó su soliloquio con verdadero malestar. Aquél, en ese ronroneo que lo caracterizaba, sentencioso, con matices de dogma, endormecedor, le susurró que procurase vomitar: a mí me hizo bien, de seguro. No le dolía ya la cabeza, afirmó petulante. Sólo me bandean un poquitito los oídos. Anda, inténtalo. Métete los dedos en la boca, hasta la campanilla. Blasín obedeció. Introdujo el índice y anular de su mano derecha, rozó con las puntas de éstos la campanilla y dio un respingo que lo resortó del murito donde se hallaba sentado. Entre arcadas que lo asfixiaban, risas lloriconas, moquito náuseo con sabor de ron podrido saliendo por sus narices, vomitó durante largos momentos. El otro parecía concentrado con seriedad en el espectáculo de verlo arrojar. Cuando concluyó, vaciado, de pie, las piernas abiertas, inspiró aire en bocanadas con fuerza, inflando y desinflando el tórax con teatral intermitencia, los brazos aspeando, cerrados los ojos, resoplona la nariz. Me siento mejor, sí. Era que ya no le trincaba las sienes esa pinza de fuego, ni le hundía con saña el estómago esa sensación de saco con escombros.

...Mi madre había empezado a desahogarse, me puse a su espalda, donde le vi un roto en el vestido a la altura del hombro casi, y una piel lechosa y brillante que olería agria y que empezaría a sublimar mi coraje sordo, prudente. Decía que ese bandido me tiene aburrida, qué se habrá creído, estoy azorada, por lo visto se piensa que soy una cualquiera, allí tengo el cuchillo para cuando vuelva a ocurrírsele, lo rajo como a una sama, el sinvergüenza ese, asesino, querer abusar de una pobre viuda, borracho hediondo, y dice que me adora, que no hace más que pensar en mí, que se va a volver loco, ni que ya no lo estuviese, más sanos y menos dañinos llenan el manicomio, vente conmigo, que no soporta a su mujer ni al ganso de su hijo, que por favor, que me respetaría más que a su madre,

mucho la respetaría un verdugo de éstos, que me respeta y casi casi me atropella echándoseme encima perro rabioso, qué peste de aliento, como un macho cabrío, loco, Dios de mi alma, ¿me merezco esto?, toda la vida sacrificada, sin nadie que me echara una mano para sacar adelante esas tres bocas, ni familia, más pobre que las ratas, y ahora ese diablo de los infiernos acosándome como una fiera hambrienta, el daño que me había hecho le habrá parecido poco, qué dirá la gente de mí, y va y entra aquí en mi casa, él, sin permiso, mi casa, tan sagrada como un templo, desenganchando el ganchillo de la puerta, ni que mandara también en mi casa, estando yo sola, qué vergüenza Virgen Santa, ¿qué habré hecho para merecerme esto?, porque él es un respetado, y yo que no quiero ni recordar cuánto me había hecho sufrir ese hombre. Mi madre, a pesar de no alterar el tono y de parecer tranquila, hablaba como a borbotones, el tino extraviado, seguía sin notar mi presencia, con su tan blanca piel más allá del roto en su espalda, envenenada su santa sangre, y yo me hallaría más pálido que la cera, la lengua como engarrotada, temblando ligeramente no sé si de miedo preventivo o de rabia concentrándose. Y que no respete nada ese mismísimo diablo en persona, yo, una pobre viuda con dos hijas señoritas y con novio, qué pensarán éstos, y él, que no piense que es un hombre casado, más limpiadita mujer que tiene, ésa sí que es un alma de Dios, un cargo importante, él, debería ser la señal del respeto, él, Dios mío, ¿para eso viene una al mundo?, ¿para eso tanta fatiga?, que ni asomo a la puerta de la calle se puede decir y que venga el mismo demonio y entre en mi casa, ¿ustedes lo entienden?, y luego decía que me respetaría más que a su madre, que se vaya, por favor, váyase por lo que más quiera, yo se lo decía con educación, le suplicaba, con cuánta vergüenza, no se le ocurra entrar nunca aquí o cometo un disparate, parecía un Judas colorado, sonriente...

...Y a mí se me había clavado hondo, mal asunto. Pero lo más que me jeringaba era que la vieja cogiese el partido de

enfrente. Si hubieses visto con qué afán la defendía. A una hija propia no le tendría tanta ley. Yo reventaba. Y me aguantaba porque era la vieja de uno, y soy lo único que le queda en el mundo. Si no, me las hubiese pirado. ¡Qué pena no haberme pirado! Pero deja. Deja que te siga contando. Cuando llegué a la isla, era de tardecita. Y oscureció en un santiamén. En apenas dos horas salté del desierto al paraíso, me decía. En mi pecho se desbocaba la alegría. Pesaban los maletones y cogí un taxi. Casa, a oscuras, con su albeado mate, me pareció un cielo chiquito cuando me paré a contemplar la puerta canela, cerrada, las dos ventanas con macetas de helechos y ñameras. La sangre se apelotonaba en mi cuello; casi me ahoga la emoción. Era mucho el tiempo fuera. Toqué con los nudillos y no con la palma de la mano según era mi costumbre. No me esperaba, la pobre. La vieja, apenas faltó para caer desmayada cuando me vio ante ella, inesperado. Se me quedó sin resuello, sin poder reaccionar. Luego habría las lágrimas. Y hubo unas risas nerviosas, torpes. Suénate, que pareces un chiquillo mocososo; sécate los ojos. En un momento te preparo un café. Siéntate, hijo. Madre, me doy un salto a casa de mi novia. Por cierto, ¿estuvo hoy por aquí? Todos los días viene, es muy buena, y trabajadora. Si vieras cuánto me ha ayudado. Pero estáte, que yo mandaré un niño a buscarla. No, madre. Yo voy. Quiero darle una sorpresa. En persona. Luego, y me la traigo. Prepara tú, mientras, el café...

Blasín, el que narraba de carretilla, cortó su retahíla, olfateó ruidosamente. Esto huele a perro podrido. Había señalado los vómitos y se levantaba trabajosamente, pugnando por no perder el equilibrio con tanto balanceo. Sin embargo la brisa se había portado bienhechora, despejándoles bastante las cabezas. El otro, algo ajeno, también se levantó y ambos se fueron a sentar unos metros más abajo. No se conocían ni tal vez se hubiesen visto nunca antes, seguramente mañana se olvidarían uno del otro, volverían a ser dos extraños que flotan a ras del suelo. Se habían encontrado al acabar la tarde en un bar de la plaza, se miraron con

cierto recelo que busca ánimos, uno pidió fuego, el otro dijo que no fumaba, lo siento, gracias de todas formas, y tiene suerte después de todo, menudo vicio es éste. Necesitaban hablar con alguien, engatusar a sus respectivas solledades. ¿Qué?, ¿le ganamos el domingo al Real? Y charlaron de todo lo que supieron, de cuanto pudieron, pero con el socaire del que se baña y supo guardar la ropa, no tiene éste que enterarse nada, yo con lo mío, él con lo suyo. De aquel bar salieron hacia la cervecería. Se caían bien. De la cervecería se dejaron arrastrar a esa tasca donde te ponen una carnita de conejos que yayá. Y al final acabaron en esta tienda de barrio en que te venden queso tierno que no encuentras por ahí ni de milagro, además no se tiran alto cobrando. Pero a estas honduras ya el espíritu se había convertido en un delicioso laberinto de sensaciones flácidas; puedes, podemos, hablar, que hace falta soterrar algo las penas. Y los dos al simultáneo comenzaron a deshilar sus respectivos fardos, el uno despacito, con un parloteo como de gelatina bronca, la mano derecha arqueando el vacío delante de sí, a lo sermón, y el otro nervioso, como apresurado, empujando las imágenes, no fuese a reventar, revoloteando los brazos.

...Y continuaba confidenciando, a salpicones, la voz acietosa, pero a escupitajos, entrecortada, en lenta erupción. Decía que el Rimero, y si en la guerra, que cementándose mi alma con la resignación, tener que venir ese diablo, una sonrisa lobuna con dientes de oro y un cartucho lleno de comidas agarrado contra el pecho por las dos manos, vaya qué obra de caridad, yo estaba calentando el agua de nogal que sobró por la mañana, mis niñitos juegan ahí con la tierra, niños, que eso no se come, es caca, no sé cómo no cogieron una infección, el poder de Dios es muy grande, y vino el desalmado aquel y me tiende el cartucho: toma, para ti y los críos, no sabes cuánto me ha costado hacerme con esto, lo que se te ofrezca pídemelo, que haré lo posible por complacerte, siento mucho lo de Blas; y como un rayo que devolviera la claridad a mi oscurecida por el dolor

mente, el nombre de mi marido entre el oro de su dentadura, pude ver, comprender, y: asesino, no podía creer que un hombre bajase tanto, se enfangase de esa forma, levantar una calumnia a un hombre bueno para que se lo lleven a matar como a un burrito que no sirve, riscándolo por la puntapicuda; pero no me atreví a decírselo, la evidencia se revolvía en mi ánimo, pero era preciso, necesario, guardar silencio, ya se les inflaban los vientres a mis hijitos, se me iban de pura hambre, y tomé el cartucho que aquel perro me alargaba, cuando vi el brillo de satisfacción en su mirada de lobo, ¡fuera de mi casa, traidor!, no quiero nada suyo, aunque reventemos, tirándole a las botas el cartucho con la leche en polvo que se derramaba, latas de atún y de sardinas, panes tiernos, queso de plato, del reparto, pero él ni se inmutó, sonrió ladino y dio media vuelta, adiós, dijo, sin recogerlo, tú sabrás lo que haces, la comida desparramada por el suelo, había tanta hambre, y mis pobres hijitos, Dios lo sabe, y aquel malvado pagaba en algo, aunque fuese mínimo, lo hecho a mi pobre marido, y no volvió a pisar mi casa durante la guerra, ni lo vi gracias a Dios, seguramente lo destinarían lejos para alivio mío; se acabó la maldita guerra, yo nunca aprendí a odiar, trabajé en los tomateros y lavé y planché para la gente rica, mis niñitos comían ya, iban saliendo cuando volví a oír hablar de él, que se estaba poniendo rico con el estraperlo decían, y casi me muero del susto cuando una sombra con los brazos en ángulo, las manos en las caderas, se deslizó junto a mí, encucillada y picando para plantar tomates, levantándome rápido, como una amenazada, y lo miro con el corazón dislocado en mi pecho, más dientes de oro, más gordo: qué tal, y yo sin el ánimo para clavarle el piquete que agarraba mi mano embarrada, tus hijos necesitan un padre y yo pensé que; váyase de aquí, ladrón, criminal, váyase o lo mato, blandiendo el piquete, pero él era muy fanfarrón, su mirada socarrona en mis pantorrillas...

...No, madre. No hagas café, mejor chocolate. Hace tanto tiempo que no me tomo un buen chocolatito. Y me encaminé

a casa de mi novia. No había alumbrado público por aquel entonces. La oscuridad era casi negra, sin luna ni estrellas, y cálida. Y el camino, todo empedrado. Cuidado, no tropieces, agárrate a la pared; hasta que me acostumbré a la oscuridad. Ya veía algo. La puerta de su casa ya no parecía estar pintada de marrón. Era de un verde negroso, entornada ligeramente. No quise entrar sin permiso. Golpeándome las palmas de las manos, a modo de llamada, hice ladrar al perro, que salió de su rincón en el patio como un volador. Pero me olió bien a pesar de la larga ausencia. Casi me muerde. Rorrry, quieto, sal para adentro. Era Luisín, llevaba una vela. ¿Diga? Le costó reconocerme, tan peludo estaba yo. Hola, y me reconoció, ¿cómo te va? Ya ves, ¿y a ti? Pasa, que mi hermana está en la sala. No la avises, iré solo, quiero sorprenderla y darle una alegría. Y yo era puro temblique. Ya la verás, me dije. Y cástate cuanto antes. Cómetela si quieres, luego. Tranquilízate, hombre, me repetí. Yo, allí, era como de la familia. Me fui derecho a la sala, la vela detrás en la mano de Luisín, mi sombra oscilando delante. La puerta de la sala está a la derecha, atravesando el patio. Es una habitación viuda, sin comunicación al interior, sólo con la puerta y una ventana que dan afuera, al patio. Había una luz por la rendija del suelo. Estará cosiendo, bordando. A lo mejor lee una carta mía, sí. Y abrí la puerta sin avisar, de remplón. La sorpresa sería completa, pensaba, mi corazón una talla pronta a estallar. En mala hora vienes y te pones novia. La silla en que ella se sentaba cuando yo la visitaba, tallada con tanto esmero, si vieras el tallado y el tiempo que empleé en él, se la hice yo. Pero ella no estaba sentada en mi sillita. Ella se sentaba en el sillón grande, el de mimbre pajizo. Y conmigo nunca, nunca, se había sentado en el sillón grande, el de mimbre. Su padre no quería, me decía. Separaditos, decía su padre; la tentación que se separe. Mi padre se enfada, decía. Tú sabes cómo es él para estas cosas. Y yo, emborregado, me sentaba en otra silla, separado, alongando el cuello para robarle algún beso. Sin embargo ella estaba ahora sentada en el sillón grande. Nadie podría negármelo porque yo no estaba ciego ni bo-

rracho. Yo los vi. Vi a su primito sentado junto a ella, pegadito. No estarían haciendo nada malo, no sé. Pero estaban los dos sentados juntitos, pegados, hombro con hombro, cadera contra cadera. Que no, que yo no estaba ciego. Y a un hombre le escama esto, digo yo. Un primo es eso, un particular. A mí que no me vinieran luego con zarandajas. Y ese primito me traía caliente con su guapura y con su peinadito sobre la frente, y con sus gracias tan graciosas. Su padre, si era con su primito, no se enfadaba. Era de palo el primito, por lo visto...

Los dos borrachos vieron surgir por la esquina de abajo dos hombres todo vestidos de blanco en la noche y con sendas taleguitas al hombro uno y a su peso en la mano el otro. Eran panaderos que comenzarían ahora, a las tres y media, su trabajo en la panadería del barrio. Los dos borrachos pararon su guineo. Miraron, a lo vacuno, a quienes ascendían en la soledad, por la cuesta, con el andar dormitado, silenciosos, con quizá el resabio de un café tomado a la prisa entre la carie de sus muelas. Uno de los borrachos sintió el escalofrío de la compasión hacia aquellos dos pobres diablos, seguro que agriados en sus corderas almas por la monótona libertad yugada a vaya quién a saber qué maldición de ganarás el pan tuyo y el del que te pisa con el sudor de tu frente y con la sonrisa embaucadora, paternal, o la repri-menda severa y justiciera del que te pisa. El borracho compasivo les dijo adiós alzando la mano; vayan con Dios, también les dijo. Y los dos panaderos oirían soñolientos y no contestaron en su mutismo, tal vez pensando qué le pasa al bodega ese. Buena gente, éstos, aseguró con cierta petulancia compasiva el borracho disculpando el desprecio a su saludo, al tiempo que limpiaba con el dorso de su mano izquierda un moquillo cosquilloso que le asomaba por la nariz. Sí, contestó el otro, con el tono grave, sí: guárdame una cría de ellos.

... Mi madre continuaba eructando aquella pena que tenía atragantada cualquiera sabe desde cuánto tiempo, ignorando

mi presencia, abandonada en su asiento, el roto allí, en sus espaldas, casi en el hombro, vaciándose en como un rezo confidencial. Decía: el chacal aquel se quedaría bajo el sol, altanero, el mundo era suyo a fin de cuentas, y yo corre que corre, tenía que huir de aquí, pobre aquí pobre allí donde vaya, nada puedo perder si nada tengo, y agarré a mis tres hijos y me los traje caminando, desde tan lejos, cuánto calor y qué sudores y polvo, por esos caminos para bestias, aprovechemos cualquier sombra, pidiendo algún vasito de agua por caridad, hasta llegar a este barrio que no era más que el nacimiento de una ladera llena de cardos y tuneras, ahulagas, tabaibas, y lagartos que dormían al sol sobre las piedras, guirres posados ahí mismo, sobre aquel saliente, contemplándome con estupidez hambrienta, asombrando a una, sólo había dos casas de piedras enmuradas sin mezcla ni nada que las sujetara, a lo vivo, con el techo de tierra sobre chapas de lata, vacía la otra, ésta en que ahora vivimos, porque en una vivía aquel matrimonio de viejitos que aguardaba a sus cinco hijos que se los llevó la guerra y que le devolvió, pero a mi Blas no, y en la que estaba vacía nos metimos, parecía una pocilga, conseguí comprarla, aquí me quedo, trabajo había y ya no faltaría la comida, no sobraría, no, viendo luego nacer y crecer poco a poco este enorme barrio que hoy se alza orgulloso a hombros de la ciudad y mirando de frente el Atlántico por donde sale el sol; ya parecía que acababan las fatigas, mis hijos criados y ganando sus perritas, cuando quiere mi desdicha que nombren a ese maldito destinado con un cargo nada menos que aquí, al pie de mi casa, para acabar de crucificarme...

... Y no me atrevo a asegurar que hiciesen nada malo. Pero tú ¿qué pensarías? Y lo malo está en lo sobejón que soy. Ella parecía contenta. El primito simpático allí a su lado hace mucha gracia. Su padre no se le enfadaba. Claro: el primito es de cartón piedra, ni se mueve. A lo mejor es un santito. Lo que fue a mí se me cuajó la sonrisa nerviosa que llevaba cuando los vi. Y ella por poco se muere, se quedaría hielo. No sé aún cómo aguanté. Creo que debí partirle los

ojos al bonito ése. No dije una palabra. Los miré serio durante unos momentos. Me di la vuelta antes que nadie hablara. Lleno de orgullo, no sé de dónde sacaría la fuerza, me volví a mi casa. Y me juraba no volver a relacionarme más con ésa, necio que es uno. Ella se asomó en la puerta, gritaba mi nombre. La oscuridad era su voz llamándome y los guijarros que me hacían tropezar. Esto se acabó. Murió, me decía envalentonado por sus llamadas de súplica, qué bobo. Para luego, en mi cama, casi morirme. Me asfixiaba. Los temblores eran a matarme. Me entraría hasta fiebre. Inflas mucho el globo, eso, para que lo estalles. La quería a lo bruto, a lo camello, estúpido, sin cerebro. Y eso no puede ser, no es bueno. Debes ser comedido en lo del querer. Hay quienes pierden fortunones y honra por una cualquiera. Como si se fuese de hielo que la pasión derrita. Eso. Los chulos, éstos sí que se la saben oler. Pero no soy así. La querías y tenías que apechugar, joderle. Y me jerin-gaba, golpeándome su recuerdo, y el del primito, en las sienes, en el pecho. Di más de mil vueltas en la cama. Gracias a que la vieja había comprado una botella de coñac. Me hinché a beber hasta que el sueño me acarició... ¡Qué alivio!...

Se iban serenando las mentes, aunque sólo apenas. Desde que comenzó cada quien a desleír el cogollo de su más reciente preocupación, se entregaban ambos, sin escuchar al otro, como en un drenaje ansioso pero lento de vaciarse, a destilar esa amargura que estaba clavada allí, en su sentirse algo, persona, ingenuos en aminorarla con la expresión borracha, pero sabiendo en su más intimidad, la que permanece cuerda, la verdaderamente instintiva, que esa amargura se diluirá en otra amargura que requiera mayor atención, que se imponga con mayor inminencia, que absorba a la anterior con su mayor negrura. Sin embargo alivia creer que escupiendo se expulsa algo de la enfermedad. No importa que se infeste a otros. Ese gallo de más bien ronco, destemplado, respondía a aquel otro que hacía segundos iniciaba impaciente, a asfixiarse, con cierta vehemencia aguda, esta

hilera de kikiriqueos que concluirían por despertar a todo el barrio. El de parloteo despaciosos calló y escuchó con estúpido regocijo. Qué cojonudo es ser gallo único en un gallinero de variadas gallinas, pensó. Y recordó la película de árabes en la que el rey, o califa, sí, califa, tenía más de veinte fulanas, a cual más hermosa.

... para acabar de matarme, cuando mi alma más bien parece una tira de cuero cuarteado, ni siente de dolorida, de machacada que ha sido, ese hombre tiene que estar loco, enfermo, alcoholizado, y que no le quiten el puesto, venir con esas intenciones que ni recuerdo, a mi edad, ese perro hueleculos, castigado por Dios a padecer hambre de mujeres, afrentando a mis hijas, que dirán sus novios, quiera Dios que Blasín no se entere. Sin embargo Blasín se estaba enterando, y salí de la cocina sin que ella, pobrecilla, se diera cuenta, no fuera a impresionarse sabiéndome enterado, ella seguía con su desahogo, yo no podía soportar ya seguirla escuchando, las lágrimas me quemaban los ojos y tenía que salir de allí, ya se le pasaría la depresión, me dije, pero a ese cochino le arreglo las cuentas, no importa me lamiese las pantorrillas esa cobardía que me avergüenza, él llevaba un nombre respetado, me costaría cárcel, hacerle eso a la madre mía, cerdo, y era yo el único hombre de la familia, bastante ha sufrido la pobre para que ahora venga ése a, yo lo mato, me decía, ingrato que soy, sólo cuando te falte la pobre la echarás de menos, siempre es igual, pero esto no queda así, soy miedoso, lo sé, no me lo perdonaría nunca, tanta cobardía, el empecinado miedo engarrotando mis nervios, aunque una débil lucecita de venganza osada titilando en mi ánimo, sacudiéndome las agallas, llevándome con el paso de la incertidumbre atosigante hacia el fondo del pasillo a beber agua destilada con sabor de culantrillo, en la tlla, y que enfrió hasta los empujones de venganza, Dios dame fuerzas, y salí a la calle solitaria, el calor escondía a la gente, escudriñé los ojos, el sol se columpiaba hecho destellos en mis pestañas y encendía las venas de mi frente, ese hombre me mata si le hago algo, y mi padre, ese

hombre delgadísimo de bigote caído en la foto amarillenta, asesinado por su culpa, parece mentira, jovencito, poco más o menos de mi edad, yo no podía consentir esto. Y subí hacia el empedrado; la calle, polvillo finísimo aquietado, era como esperando a que yo pisara y dejase la huella de mis alpargatas; en el empedrado tiene Virginio Mendoza su tenducho...

...Dormí hasta tarde. Al despertarme, la garganta parecíame coñac estancado pudriéndose. La vieja anoche había hecho chocolate que no tomé, ella extrañada y con una discreción respetuosa. Una ducha fría, el chocolate recalentado, aromático, me hizo revivir, incomodándome. Aquello, cortar con la novia, era un paso difícil, como saltar sobre un precipicio. Y cuando fui a su casa a pedirle lo que tenía guardado, mío, para la dote, me dijo su madre: no está. Que trabajaba en una tienda de modas. Nunca me lo había dicho ella en sus cartas. Y sabía que yo no quería que trabajase. Nunca me entiendo. En lugar de envenenarme los nervios y acabar de odiarla, me entró una tristeza enorme. Bajé a la playa, luminosa, sola, sin un alma, suave la mar. Me puse a correr por la arena como un loco. Agotado, me tumbé hasta que me llegó de nuevo la pena de su recuerdo. Decidí nadar. Y nadé, nadé, y nadé, siempre hacia afuera, sin sentido fijo. El cansancio embotaba mis sentimientos. Y un relumbrón de sentido común me obligó a dar vuelta a tierra. Apenas veía la orilla. ¿Qué vaina hago yo por esa pindonga? ¡Que se pudra, hombre! Llegué a la orilla más muerto que vivo. Y con el sol hecho una piedra sobre mis espaldas me dormí hasta más de las dos. No cogí una insolación de chiripa. Volví a mi casa, entré. Ella estaba allí. Supón mi estupor. Sentada bajo la parra, junto al gallinero, hablaba con la vieja, tan tranquila. Y se sonreía muy segura al verme. La firmeza y el orgullo que me hube imbuido se desmoronaron al encarármela tan bonita, congestionados sus carrillos, sacudiéndose sus pechos sofocados. La silla en que se sentaba renguea, siempre ha rengueado. Era la silla vieja, la silla de siempre. Desde que tengo

juicio, desde chiquitito, he visto esa silla en el corral, en un rincón, bajo el parral. Dice la vieja que era una silla de su abuela. Creí desmayarme y me sobrepuse, a lo ciego. Usted qué hace aquí, le grité poniéndome los brazos en jarra, provocón. Que le digo que no vuelva a poner los pies en esta casa. Que se vaya. O la agarro por el brazo y la boto a la calle, basura. La vieja se asombraría. No decía ni pío. Mi novia se enserió y osó decirme. Me dijo que seguía siendo el bruto de siempre, todo me lo tomaba a la tremenda. Pareces bobo, me decía. No sé cómo puedes pensar mal de mi primo y de mí. Sabiendo tú que somos como hermanos, criados puerta con puerta. Mejor te diera vergüenza, decía! Y que si ella fuera otra me dejaba con mis celos tontos. Que me perdonaba, decía. Me perdonaba. Te perdono porque te quiero, que si no. Era ella la que tenía que perdonar, ¡imagina! Qué baifo somos los hombres. Me convencí, era demasiado lo que la quería. Pero que no te vea más con tu primo, ¡eh! Ni que sigas trabajando, le recomendé. Dijo que trabajaba para ahorrar y así casarnos pronto. Está bien, le dije, nos casaremos pronto. Y nos casamos, al fin, ayer. Viviríamos en mi casa. La vieja no estaría sola...

En nuestro verano amanece pronto y sobre el océano ya el cielo se fogueaba coloreado de rojo y amarillo jaldado; el sol aproximaba su aparición y las estrellas parecían irse desliendo con la claridad lechosa que se levantaba desde el oriente. Cuantos bajaban a sus trabajos, el obrero madruga, miraban a aquellos dos pobres echados a perder tan pronto con el vicio de la bebida: ¿qué se estarían diciendo uno a otro, a la vez? Allá ellos con sus problemas, que cada cual arrastra su sombra, a veces ésta precediéndote a modo de guía, a veces siguiéndote cual perdiguero que te husmea cazador. Haya luz, haya penumbra, siempre habrá una sombra que se arrastre, delante o detrás, a un lado o a otro. Y en la tiniebla todo será sombra, y tu sombra ya no es tuya, eres tú mismo: había dicho un alguien al otro alguien que lo acompañaba, comentando ambos tanta negrura que es el hombre al ver a los dos borrachos.

... en la tienda de Virginio Mendoza sólo compraba una niña: es Virginito uno que se fue a Cuba dejando aquí a su mujer y a seis hijos y tres hijas y que volvió al cabo de quince años con otra mujer y diez casi mulatos hijos suyos, fuerte escándalo se armó a su vuelta; con decirte que sus legítimos no fueron al muelle a recibirle, pero, sin embargo, su esposa sí le; bueno, a lo que iba, entré en la tenducha del cubano, como le decimos, y ponga un ron, Virginito, luego otro, otro, iban siete por lo menos, la cabeza engomándose y los ojos vidriándose, el corazón que me acelera sus pálpitos cuando el diablo me trajo a mi presencia al Rimero mismo, la cara una maceta roja de alcohólico que se ríe oro apestando alcohol y tabaco, la mirada pantanosa de buey que rumia confiado, no me había visto, iría a seguir cargándose, y yo me interpelaba ¡ahora! ¡ahora!, cuando veo ese cuchillo largo y siempre afilado con el que el cubano corta de todo, tirando enseguida yo la mano hacia él, pero mis dedos tropezaron con la pesa de dos kilos, negra, herrumbrosa, que no hube percibido, y que agarré y levanté enrabiado, zumbando mis sienes a grillo ronco, la cobardía acobardada y silenciosa, ya mi cuerpo tirándose hacia adelante, el brazo en asta abanderando el hierro negro de dos kilos contra la cara del Rimero que se asusta y se ladea y que recibe un solo golpe en el hombro, ¡qué alarido!, y me envalentono y tiro al suelo la pesa y cerrando los dos puños cruzo con el derecho un trompazo antes que se caiga al suelo, y cruzo con el izquierdo, y otro y otro, verdugándole el rostro, hasta que cayó sin sentido, Virginito mudo de asombro, la niña había salido llorando, corriendo; mi satisfacción fue momentánea, puro espíritu fugaz satisfecho, ahora que me mate si quiere, me dije, allí él tendido, soltando sangre por los besos, sin sentido, y una tristeza que comenzaba a embargarme poco a poco, tanta pena me daba por todo, por mi padre, por mi madre, por el Rimero aquel, por mí, y me vine para acá, para esta parte, caminando, sin correr, el alma pesándome, tenía que seguir bebiendo y hablar con alguien; y fue cuando te encontré con tu cara de hombre manso detrás de un vaso de vino, ansioso de compañía

como yo, ¿cómo estará ma, la pobre?, iré ahorita a la comisaría y me entrego: he golpeado esta tardecita a un señor. Por cierto, ¿cómo dices que te llamas?

... Seríamos felices. Todo está olvidado. Es que uno viene de muy lejos. Hace casi un año que no ves a la novia. Y cuando la ves por fin resulta que está sentada con otro, aunque sea su primo, en el sillón grande y pegaditos. Te calientas. No pienses mal, te dicen. La vieja está también de su parte y te mira atravesada. Luego te perdona, claro, porque te quiere. Y se hacen las paces porque la quieres, no lo niegues. Y porque la vieja eres lo único que tiene y le ha cogido ley a la otra, a la novia. Piensas: a lo mejor estoy equivocado, como soy tan bruto. Todos contentos: aquí no ha pasado nada. Que siga la cosa como iba. Transcurre otro año y te casas al fin. Sí, fue ayer, yo era pura ilusión. Me derretía durante la ceremonia. Yo tuve novia y la mantuve, mala suerte. Ahora me siento nada: ni viudo, ni casado, ni soltero, nada. Uno es, ha sido, honrado, mala suerte. Voy, y te casan ayer por la tarde. Eres pobre y ahorraste. La luna de miel que sea en un bungalow que alquilas a precio de oro. El ansia de poseerla te desquicia. Y te quedas, ¡al fin!, a solas con ella. El mundo es tuyo, hambriento. Ha llegado el momento de la verdad, la golosina que te engatusa durante años. Eres honrado, mala cosa. Felicidad mortal, instantánea, pero ves que no soltó sangre. Y un latigazo estremece tu decencia. Estás desvirgada, le grito llorando de pronto. Estás loco, ¿qué dices, por Dios? ¿Con quién lo has hecho?, di, ¿con él? Por Dios, no me ofendas, no digas eso, no me ofendas. Y lloraba como una magdalena, mucho más que yo, se tiraba por el suelo frío, desnuda, ahogando el llanto, como loca. No me ofendas, no me ofendas, por Dios, lloraba. Yo me vestía silencioso, destrozado, el llanto seco. Y me fui. Decía que sólo me quiere a mí. Que es honrada, lo jura por Dios, por su madre. Lloraba mucho. Que ella nunca ha sabido qué era eso. No me ofendas. Pero yo me fui, la dejé tirada en el suelo, mucho lloraba, desnuda. Me fui, me vine

para abajo. Ahora me apena el haberla dejado así. Oye: ¿tú crees que soy un bruto? ¿y si vuelvo y le pido perdón? A lo peor, seguro que no, ya no está en el bungalow. Sí, soy un camello de bruto. Por cierto, ¿cómo dijiste que te llamas?

EL ARRANQUE

Creo que en otra ocasión le dije que abandoné pronto la casa paterna, muy joven, cierto: desde que pude. No fuese usted a pensar que era yo un desarraigado, un afanoso por aventuras. Todo lo contrario, y usted me conoce lo suficiente para saberlo. Y si algo fui yo en los últimos tiempos en la casa de mi padre, y si algo fui, sería un, ¿cómo diré?, un, un incomodado, eso, en efecto: un incomodado, y debido a la situación a que había llegado el matrimonio de mi padre con Lina, la tía Lina. Reconozco que retardé más de la cuenta mi independencia, que me acobardaba cada vez que pensaba en terminar ya y marcharme de allí, adonde fuera. Siempre he sido apocado, siempre aguardo a que los acontecimientos me impulsen, me marquen la pauta a vivir.

Papá, me voy; tienes bastante con tus otros hijos y. Es mejor que yo me vaya, papá. Mi dinero no te hace falta y. La situación me obliga a. En fin, papá: tú sabes a qué me refiero, tú.

Se limitó a mirarme serio, afectadamente serio, comediando solemnidad: hijo, no es que seas un hombre ya, pero, a tu edad, se te debe respetar las decisiones, dejarte hacer, los consejos sobran, rebotan. Por primera vez en la vida me puso su manaza peluda en el hombro: me apena que no hayas sido todo lo dichoso que yo hubiese, Dios lo sabe, que yo hubiese deseado.

El sólo nombraba a Dios, hasta aquel entonces, para blasfemar; y continuó: faltar una madre resulta, en fin,

comprendo tu decisión, tu deseo de buscarte la vida independientemente, y te mentiría si te dijese que lo siento; al revés: estoy orgulloso de ti. Carraspeó, miró el reloj y, apresurado, apretándose afectuosamente el hombro para apartar de una vez la mano y salir a algún asunto, dijo: no olvides nunca que aquí está tu casa, tu padre. Y me deseó suerte antes de perderse por la puerta.

Desde que, acabado el Peritaje Mercantil, conseguí el empleo en la Agencia de Transportes y notaba que ganaba lo suficiente para manejármelas solo, no sabía cómo abordar el asunto con mi padre y despedirme de él. Nunca pensé que iba a resultar tan sencillo, tan intrascendente. Le confieso que me decepcioné. Pero, por fin, ya podía dejar el infierno para entrar en el cielo; es lo que piensa uno al salir de cualquier incomodidad, ingenuo, conscientemente ingenuo. Hasta que me convocaron a quintas, me hospedé en una pensión cercana de la playa vieja. No resultó cara, y era limpia; me atendía bien, con educación, aquella buena gente. Refiriéndonos al cuartel, lo pasé bien en lo que cabía; no debo quejarme. Gracias a las disposiciones oficiales, y creo que también al aprecio que me tenían, en la Agencia me guardaban el puesto de trabajo. Luego de licenciarme, y nada más verme nuevamente en éste, me enserié en cimentar sólidamente mi porvenir. De mi padre ni me acordaba, suerte que tuve; y, según supe más tarde, no le habían ido bien las cosas con Lina, con la tía Lina; claro: mucho más joven que él, tenía que llegar cuanto llegó. En lo que a mí respecta, volvía a mecarme en el ensoñador y monótono vaivén de una labor que no me disgustaba. Era mucho el tiempo que sobraba por las tardes y opté por aprovecharlo. Al poco tiempo ya llevaba la contabilidad en un supermercado de barrio nuevo. De veras, con la mano en el corazón, creo hoy que, por aquella época, era dichoso, o al menos no era infeliz. Admito con usted que yo no sería ni más ni menos que uno más del inmensurable montón de los que agachan la cabeza y ofrecen la cerviz a la rutina. Sin embargo, mi sumisión era inocente, ignorante, pura si se pudiera

decir. Y donde hay ignorancia querida, no puede haber rebeldía, descontento. ¡Ah!, no olvido aquel especialísimo problema concerniente a mi postura frente al sexo bonito. Ni le pase por la cabeza que esta situación haría de mi persona un apagado, un espectro de hombre que arrastra su existencia sin visos de vitalidad; no piense eso, que se equivocaría. Hombre, es claro que no recibí con regocijo mi extraña disposición ante las mujeres. Pero el embotamiento consecuente a tanto trabajo me distraía; y si alguna vez tomaba conciencia de ello, me hacía repetir, como de soslayo, que hay cosas muchísimo peores, además de que nunca perdí las esperanzas. Fui, incluso, más optimista que los propios médicos que me atendieron. Y como uno siempre acaba acostumbrándose, usted dirá.

Todo, repito, marchaba bien, apaciblemente. Ya no vivía en la pensión. Fuera del servicio militar, preferí alquilar un apartamento; así, la independencia sería completa, total, y la comida, en un restaurante, según mi gusto y apetito. Y para colmar mi distracción, jugué a ingresar mis ahorros en un banco con la finalidad de hacerme con un pisito en algún sitio de postín, ¿por qué no? Iba sobre ruedas mi existencia, pianito, hasta que Lorenzo, casi el único, que en realidad no lo era, casi el único amigo que tenía, me insinuó que, en la oficina, se sospechaba que yo, bueno, que si yo sería marica, como nunca hablaba de conquistas amorosas, o de algo de eso, en fin. Esta maliciosa sospecha me enardeció sobremanera. Y fue la primera ola de la marejada que empezaba a zarandear mi vida. Esto tiene que acabarse: me espetaba, inapetente, ante el aperitivo, durante el almuerzo.

Esto no puede continuar así: no cesaba de martillearme en toda la tarde, delante del escritorio, a la salida, en la oficina del supermercado, mientras cenaba. Por otra parte, y soterradamente, me aguijoneaba una especie de resquemor, de punzante duda contra mí mismo. ¿Y si en verdad fuera yo marica, sólo que en teoría porque en la práctica no había surgido ocasión? Esta inquisición me turbaba hasta el más

completo abandono. No puede ser, imposible; los médicos dictaminaron, todos, lo mismo, que lo mío era cuestión olfativa y el mal radicaba en el cerebro, no operable, que tal vez con el tiempo y la pérdida de facultades podría normalizarse mi olfato, olería normal y no tan agudísimamente el nauseabundo olor femenino. Pero, no, no lo creo, no creo que todos fueran a mentirme por caridad, y dictaminando idénticamente. Sin embargo: ¿y si el rechazo experimentado ante las mujeres me impeliera a buscar cobijo y placer en los hombres? Me horrorizaba, sí: horrorizaba, nada más pensar en esto. Por tanto, hay que intentarlo de nuevo, probar otra vez. Esta noche mismo voy y, no: mejor dejarlo para el sábado y, de paso, celebro la inauguración del piso. Es que, al sábado siguiente, me mudaba definitivamente al piso que, después de año y medio ahorrando, por fin había comprado.

Lo compré en una urbanización bastante airosa, frente al mar y yendo hacia el sur, ya algo fuera del casco capitalino, junto a las pintorescas chabolas de pescadores. No quise pasarme a él desde que me diesen la llave, no. Preferí esperar a cambiarme para cuando lo tuviera completo, totalmente amueblado y a mi gusto. Llenarlo de lo necesario. Llegó a ser un nuevo y entretenido pasatiempo que me distraía y entusiasmaba. Poco a poco había ido llevando a él cuanto comprase. ¡Qué contento iba de compras!, ¡con cuánto esmero elegía y desechaba, husmeaba, sopesaba! Comencé por la alcoba, de matrimonio, que nadie sabe qué va a ocurrir. Luego creo que fue un comedor de madera fina y de mesa ovalada. Después sería el recibidor, coquetón él, con su biblioteca llena de libros ornamentales y su apartado para la televisión, cuadros de paisajes y mares furiosos y calmos y de un caballo pinto corriendo por una llanura rojiza y contra el cielo negro e hilachado de amarillo al fondo, también tres columnitas como de mármol transparente que coloqué en los rincones y que tienen encubierta en su interior una luz si enciendes te alumbra penumbroso, azulado, rosáceo y anaranjado, y además unos

ídolos africanos negros y feos, decía el que los vendió que de caoba, y que se cuelgan donde mejor peguen. La cocina era de lo más lujosa. Y todo lo había ido llevando poco a poquito, cuando me pareciera, como un ave solitaria que hace su nidito, primero una brizna, luego una espigueta, que si un despojo de tela; eso, igual que un ave solitaria, ruborosamente ilusionada. En mis horas libres, y por supuesto que la mayor parte de ellas, lo visitaba, solito, como quien visita a un familiar querido, el cigarrillo atravesado en un extremo de la boca, una mano en el bolsillo, el pecho palpitante de emoción. Y la mirada altiva, ingenuamente altiva. Abría la puerta con esmerada fruición, con apasionado mimo, tal vez igual como se desnudaría a la novia amada en la noche de bodas. Y si me encontraba con algún panel sucio o empañado, me dolía en el alma, de veras, aunque se sonría y le parezca mentira, tanto es lo que se encariña uno con las cosas a falta de calor humano o animal: si lo sé yo. Y con la blanca bocamanga de mi camisa lo limpiaba afectuoso, acariciante.

Con el pretexto de celebrar la primera noche de mi flamante piso y porque, la verdadera causa, la insinuación de Lorenzo me acicateaba el orgullo de masculino que yo sabía, aunque con cierto involuntario escrúpulo, tener, me propuse perder de una dichosa vez la virginidad. Es cuestión de principios, de honor, hay que luchar, procurarlo, sea como sea, me decía una vez y otra, majadero, procurando convencer a mi repulsión. Y más razón aún: que ya tengo veintiséis años, mejor te diera vergüenza. Me puse el que creí mejor de mis trajes y salí imbuido de optimismo, de seguridad, ¡tanto hacía que no lo intentaba!, y confiando plenamente, a base de sugestionarme, en que hoy iba a conocer mujer. Iluso que fui, pues, igual que las otras veces, estas narices mías volverían a jugármela con su implacabilidad extraordinaria, inmisericorde. De aquella sala de fiesta de probado prestigio tuve que huir, poco menos que empujado, con unas inenarrables náuseas de luces verdes y oscuricidas, de atmósfera que se masticaba en pestilencia a

sobacos perfumados y sudorosos. Casi me muero, vomitando en la calle, la confianza perdida, las ilusiones rotas, el orgullo en entredicho. ¿Y qué decir del temor a caer en el extremo opuesto? Me volví a la recién estrenada casa, desechando la idea de seguir probando por esa noche, que con un clavo de muestra ya bastaba y sobraba.

Arrastré uno de los sillones hasta el balconcito, me senté y dejé vagar la vista hacia la lejanía, hacia el océano negro y brillante que me soplaba su brisa salobre y tibia, y que yo agradecía, arrellanado en el cojín de damasco, los codos en las bracerías del sillón, las manos entrecogidas frente a la boca, los índices unidos contra los labios. Parecería pensando, y mi mente se ahuecaba limpia, mi desventura olvidándose en la soñarrera que me filtraba. Antes había tenido la desfachatez de inquirirme: ¿y si fuera y le dijera a una que se bañase bien, lo que se diga bien bien, y se viniera conmigo aquí?, claro que sin echarse luego de bañarse ninguna porquería de esas que se echan. Yo le pagaría muy bien, lo que quisiese. Pero, me convencí, seguramente me tomaría por loco o guasón: mala cosa. Bah, paciencia, y a esperar, porque, a lo mejor, ¿quién sabe si?, nada: total, que aquí no se acaba el mundo. No.

Sin embargo no fue tan soterránea, imperceptible, la melancolía que, a partir de esta frustración, se iba apoderando de mi ánimo. Además, la carencia de afectos, la soledad, consciente ya, la falta de verdaderos roces personales, paulatinamente me sumían en una continua depresión. Me costaba horrores sonreír, me despistaba con harta frecuencia, lo que era rarísimo en mí. El ataque de rebeldía, pequeño, surgió una tarde de nuestro cálido otoño, a la vuelta del supermercado, andando por la Avenida Marítima, las manos en los bolsillos y viendo romper las olas contra los enormes peñascos de la escollera. Ya no me siento dichoso, contento: qué diablos pinto yo aquí con estos calzones tan bien planchados, estos zapatos tan lustrosos y relumbrones, con esta camisa pura nieve de limpia, esta chaqueta impecable, corbata

de última moda, pero, hipócrita cochino, los calzoncillos sucios, individuo aburrido, anulado, el hocico en la pura porquería que es la vida, con su pisito de leche, por no decir una palabrota, y ahora sus ahorritos para el coche y más baifadas de éstas, con sus todas las pocilgadas que nos agarran por el pescuezo y nos bajan el alma hasta el suelo diciéndole seriamente: toma, come de esto, es lo que alimenta; y vamos y comes, ¿qué?, pura nada, sebo, para que te mueras sin vivirte y te pudras hediondo barnizado.

El segundo ataque ya fue más agudo. Me ocurrió en la barbería, días después y mientras leía una revista hasta mi turno, una revista de ésas en que aparecen sonrientes mujeres de dientes pulidos y voluptuosas miradas, mujeres que para anunciar lo que sea te enseñan un mucho de pechos y todos los muslos, algunas incluyen el ombligo, una de esas revistas que te cuentan memeces de reyes y reinas y príncipes y princesas y aristócratas y de shares y estrellas y estrellitos de cine o de lo que fuere con sus sonrisas de borregos que tienen que exhibir personalidad, y que si éste se casó y el otro se descasó por enésima vez, por fin encontró el amor, lo mismo de siempre para variar, ahí tienen a éste con su nuevo romance, apenas una cría que te enseña sus rodillas huesudas, de caballo casi, y que te mira asustada pero sonriendo a lo mujer ya obligada, muy bronceada y la expresión como de pergamino, la rabia sorda me coloreaba el rostro al ojear aquello, una de esas revistas que si la lees en serio te impulsa a pensar que el diluvio universal sería una bendición del cielo, y que haya quienes no quieran morir, no sé a qué esperamos, pero sin que quedara ningún Noé ni nadie, todos fuera, yo el primero, entonces sí que la Tierra sería un paraíso, ella solita y sin oír una voz que diga esta gaita es mía y tengo derecho y tú obligación, dónde está la justicia que no me permite seguir mortificando al próximo y al más lejano, luego esos chistes contrapuntos que parecen ladriditos cariñosos y de coba pero que parezcan fieros y para inteligentes y que los que pisan los lean y sonrían y luego sigan pisando un poquito más fuerte, que es su ine-

ludible deber por lo visto y cálese y no me rechiste. Arrojé la revista en la mesita al tiempo que me levantaba bruscamente de la silla; y, ante el estupor de los que allí hubiese, salí a la calle mascullando pestes. Pensaría quien me viese si estaba loco o si. Aquella noche me emborraché antes de acostarme, siempre solo. Lo que más extraño ahora es que ese tipo de revistas no me había disgustado antes; al contrario: leyéndolas crecía mi optimismo, mi esperanza de vida.

Sucedieron varios días de calma externa, como de aborto en sus ocupaciones. Al martes siguiente, o al miércoles, no preciso bien, usted comprenderá, Pedrito el del furgón mostraba a Lorenzo, en la esquina de allá, una especie de folletos coloreados, a los que mi compañero de oficina parecía comer con la atención, una sonrisa boba en la boca, de drogado, babosa, mientras el del furgón ponía un mohín de petulancia comprensiva y remirándose las uñas. Picado por la curiosidad, no había nadie más en la estancia, dejé mi puesto y me acerqué a ellos, que levantaron los ojos hacia mí, extrañados de verme interesado por algo más que mi trabajo; rehechos, adoptaron la pose de la superioridad, de los enterados. Lorenzo me tendió lo que hacía instantes mirara con esmerado interés, no sin antes haber echado un vistazo a la puerta del jefe y al pasillo del fondo, no fuese nadie a aparecer en tan crítica circunstancia. Era revivir el dolor de lo endormido, era la contemplación de lo que nunca pude imaginar ni en sueños, era el arte fotográfico volcado en toda su plenitud hacia un completo muestrario de mujeres desnudas y según las más variadas posiciones. Yo me quedaría lívido, demudado. El del furgón y Lorenzo, miré hacia ellos, avergonzado por mi flagrante éxtasis, me observaban complacidos, como quienes vienen de vuelta. Que no es para tanto, me golpeó Lorenzo en el codo, que no es para tanto, hombre; si por poco te desmayas. Pienso si se le iría la duda acerca de mi hombría. Tosí sonriente y: ¿de dónde, de dónde sacó esto?, al del furgón y alargándole los folletos pero sin dárselos aún. Nada, unos

japoneses amigos, y esto no es nada: si ustedes vieran otras, y revistas en las que se ven haciendo de lo último, y de las películas no les digo nada, porque entonces. Y sí nos dijo; se permitió la libertad de contarnos algunos de los argumentos de dichas películas, cuyos asuntos, aunque contados esquemáticamente, me ponían, nos ponían, en ascuas disimuladas con sonrisas y tomadas a la broma.

A partir de este incidente entré en una fase más inaguantable todavía, por lo que tuvo de inquietud, de sofoco. Y es que las mujeres empezaron a gustarme de modo enfermizo, atosigante, pero de lejos y en la imaginación, porque acercarme a ellas seguía siendo imposible. Por las noches, en la cama o aun en el sofá, insomne, parecía chiflado, sin domeñar el sueño, hasta que acababa hincándome dos, tres, y cinco a veces, güisquis dobles o triples que me durmieran embotado, vencido. Había que ingeniárselas y salir de esa insoportable situación. Allí, al lado, en el departamento del jefe, estaba de mecanógrafa la señorita Rosamary para intentarlo, como fuese, y que era bonita y sencilla, aunque sonriendo torcido y tal vez ocultando un diente feo. Un olor fuerte disipa a otro menos fuerte; y con un tubo inhalador, muy oloroso a eucalipto blanco, y poniéndomelo en la nariz como si estuviese constipado y cuando me acercaba a ella, logré arribarla y charlarle, con patente sorpresa por su parte, usted tan tímido, me llegó a decir, usted tan de su trabajo al que nada más parece importarle, y yo forzándome a darle bromitas suaves, blanditas, haciéndola reír de lado, pugnando ella por no abrir la boca o tapándosela con la mano, y aconsejándole se empastara el diente antes de que se pusiese peor, mire estos dos míos, enseñándoselos y sin abandonar para nada el inhalador, no le dolerá el empaste, se lo aseguro, es más la sugestión que otra cosa. Es que me da tal pavor el taladrín, uf, hasta frío siento sólo con imaginarlo.

Yo no iba a estar siempre con catarro de nariz, tupido. Y su olor de mujer le ganaba cada vez más al del inhalador,

además de que no pareciera tan bonita como al principio y de lejos, muchos hoyuelos de espinillos en las aletas de su nariz y demasiado vello teñido en el labio superior. Dejé de arribarla. Y, mala pata la mía, fue ella la que tomó la iniciativa y la que no cesaba de asediarme a lo callandito, disimulos evidentes, intencionados, miraditas dulces, invitadoras, sonrisas honestas, de buena muchachita, con un préstame el bolígrafo, o la goma, aprovechando cualquier ocasión para arrimarse a mi mesa y obligarme a echar mano al ya impotente inhalador. No podía soportarlo más y opté por hacerme el enfermo y dejar de ir a la oficina por varios días; doy gracias a que no sabía mi dirección, que si la llega a saber, usted comprenderá. Lorenzo fue mi momentáneo salvavidas. Le gustaba la señorita Rosamary desde que yo la comencé a lidiar y ahora, a mi retorno al trabajo, ocupaba mi puesto de ataque, la cortejaba. Ella, su intención no era la de elegir, dejó de venir a mi mesa y parecía satisfecha con dedicarse a Lorenzo. Este nunca sabría cuán agradecido le estaba al evitarme el tormento insoportable de oler aquellos vapores de cabellos lavados con champú de huevo, o el irritante tufo de depilatorio de bigote o sobaco, o el.

Mi afán de mujeres se vio domeñado durante algún tiempo después, ya que en toda hembra que me cruzase por la calle creía ver el oloroso recuerdo de la señorita Rosamary. Pero estas heridas cicatrizan mal y una mañana me sorprendí dándole dinero al del furgón para que se hiciese para mí con unas revistas o folletines de ésos, de los que usted ya sabe. Hizo, él, una mueca de triunfo, así, y: vale, dijo tomando el dinero que le alargaba. Lo contó: con esto hay para un buen material, sonriendo y guiñándome un ojo.

Me repetía, arrebatado y a poco de enloquecer, que éstas no pueden oler mal, tan lozanas, frescas, ese color de piel, es imposible que sus olores me provoquen náuseas, contemplando tembloroso aquella colección de hembras desnudas y de todas las razas fotografiadas a color y en las más

inimaginables posiciones. Era peor el remedio. Y a los siguientes días mi imaginativo recuerdo desnudaba impudicamente a cualquier muchachita que viese pasar a mi lado. Como siempre en tales circunstancias, me repetía sin cesar: tengo que salir de esto, no puedo seguir así. Con la mejor de mis intenciones abordé a tres con aspecto de lo más pulcro. Y nada, nada positivo: mi interés, roto, otra vez a rodar por los suelos, que el papel huele a papel y la mujer a mujer. Mi desesperación aumentaba al compás que la consciencia de la imposibilidad mía a conocer mujer. Decisión a lograr: apartarme de ellas, vivir como si no existieran, o pensar que su roce sería nefasto, perjudicial para mi salud o para mi libertad o para lo que fuese. Uno que se muere de hambre con su frente apoyada contra el cristal de un escaparate repleto de los más succulentos manjares: eso mismo era yo, y había que aceptarlo como sea. Se tropieza mucho en la misma piedra más bien por tozudez esperanzadora que por otra cosa. Y yo decidía volver a visitar al médico, al mejor que hubiese. Tuve que desplazarme a la capital, me gasté un dineral impresionante. Y total para lo de los otros, lo mismo; después de tanta inspección y examen, de más y más pruebas, póngase así, inspire de esta forma, y terminar diciendo con un mohín que se me antojó algo burletero a pesar del tono consolador que quiso inferirle: sí, es cuestión cerebral, tal vez retocándole la pituitaria, pero no es aconsejable, es prematuro y contraproducente porque creo que lo suyo se arreglará con el tiempo, con el acomodo de esa desviación de su sentido, en verdad que extrañísima, y. Sí, que, me dijo al final y cuando me despedía lleno de abatimiento, a lo mejor, cuando menos lo espere, se encuentra usted con que ya las mujeres no le producen vómitos al olerlas de cerca.

En resumidas cuentas, que yo seguía poseyendo un hipersensibilísimo olfato y sólo con respecto al sexo opuesto. Tal vez la cosa tenía cura, pero yo no podía esperarla, no, y decidí luchar con las armas que pudiese. Antes que nada rompí las pornografías en un alarde de valor desesperado.

Luego me hice con unas gafas deformativas a ver si con ellas engañaba al deseo. Donde se sembró una semillita de esperanza siempre brotará algo de esperanza; yo, disimulando y cuando se presentaba inesperada ocasión, olisqueaba a alguna muchacha con la ilusa ilusión de que mi exagerado defecto hubiese remitido. La primera tarde que me puse algodoncitos en la nariz no se presentó oportunidad a mi demente avidez. En la segunda tarde sí hubo ocasión de alimentar a mi atosigante hambre; pero la imaginación superó a la sensación. Sí, no ponga esa cara de no comprendo, explíquese. Me explico: todo iba bien hasta casi lo último, lo decisivo, cuando, de pronto, a pesar de los algodoncitos en la nariz, imagino la realidad separada por éstos, y la realidad huele, esta realidad es una mujer que sonríe y tiene los labios pintados, y los ojos, y las uñas de las manos, y las de los pies, y usa depilatorio, y. Luché por expulsar estos pensamientos, sudoroso, y entregarme ciego a lo que tenía al alcance de la mano; por fin iba a probar lo tan codiciosamente anhelado, tenía que conseguirlo. Pero vomitaba ya, me ahogaban las arcadas y los algodoncitos. Cuando acabé de arrojar y pude ver, vi un cuerpo de mujer embadurnado de arrojaduras. También vi unos ojos llorando de rabia, que me miraban a asesinarme.

A veces soy hombre de voluntad, y mi voluntad consecuente al acontecimiento consistió en tapar el asunto, echar tierra porque aquí no ha ocurrido nada. ¿Y si no voy al restaurante y me preparo yo mismo la comida?; de esta manera habría más tiempo ocupado, menos ocio instigador. Me gustaron mis guisos; apenas si salía de casa, la llama erótica extinguiéndose a base de quitarle oxígeno, de embotellarla. Pero no se apagaba del todo, que los sueños siguen su camino y la reavivaban sin mi consentimiento. Y ahora me pregunto si aquella beldad que me hizo concebir la mayor de las esperanzas y de las ilusiones no sería u. Le contaré. Estaba yo en el despacho del jefe dispuesto a marcharme con un fleje de asuntos a resolver, cuando oí que le comenzaba a dictar a Rosamary: necesitase camión capacidad

legal dos toneladas, matrícula superior a, llamar al teléfono, y que lo publiquen, señorita, en la prensa de la tarde durante cinco días. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Tal vez aquí estuviese la solución, el milagro. Creo que con intentarlo no se perderían más que unas pocas pesetas y a lo mejor se ganaría mucho, todo.

Esa misma tarde fui a poner un anuncio en los cuatro periódicos locales: necesitase muchacha para doméstica, buen sueldo, informes en horas de siete a nueve en. Tocaba ahora esperar. Con indefinida turbación leí al día siguiente las cuatro prensas; sí, allí estaban los anuncios de mi oferta. Nada más dejar la Agencia, no había trabajo en el supermercado, salí embalado para casa. La impaciencia me enervaba, me quitó apetito. No hacía más que andar y andar, de una habitación a otra, el oído alertado hacia el sonido del timbre. Lo que nunca: me llegué a morder las uñas. Miraba por centésima vez el reloj, sonó el timbre, se me alteró el pulso. Y abrí la puerta. Recuerdo a la perfección que la primer demandante calzaba zapatos de tirillas que dejaban a la vista unos dedos gordezuelos, de uñas sucias; ya está ocupado el puesto, lo siento: y me atreví a sonreírle, puede que bonita si no hubiese visto sus pies, me dijo adiós algo cortada y bajó por las escaleras, pues no oí el ascensor. La primera tarde vinieron en busca del empleo alrededor de la docena, casi todas jovencísimas, el aire sumiso, prometedor, sonrisitas modosas pero al día, desafiantes, sí. Pero con ninguna pude quedarme. En el cuadernito de notas que tenía junto al teléfono y que hasta la fecha no había utilizado, anotaba con una rayita cada vez que llegaba una nueva solicitante. Pasaron los días y ya era el último de la publicación del anuncio; rayitas anotadas había sesentaitantas, que las hube contado y recontado, ya ida la esperanza de encontrar a la inodora y con cierto regodeo masoquista. Faltaban minutos, pocos, para las nueve y me distraía viendo la televisión. El timbre que sonó fue el ronco, el de la cocina. Me levanté desganado, molesto por la interrupción: el programa me estaba agradando. Llevado por la

costumbre adquirida, ensayé el olisqueo, tres veces, profundos. Abrí la puerta; apenas faltó para que yo perdiera el aliento ante tal contemplación. Ni me acordé de oler. Cuando tomé respiro, me vinieron a la memoria las revistas del furgonero. En alguna película de agentes secretos yo había visto algo parecido, alta, tanto como yo, esplendorosa, de cabello como el millo rubio y brillante, la piel tostada contrastando con unos enormes ojos que ni verdes ni azules sino azules y verdes con, cómo lo diré, iridaciones doradas, algo deslumbrante, quimérico, la sonrisa blanquísima, destellona. Entre tal zarandeo emocional, caí en la cuenta de que no olía como las demás, como todas, de que no me provocaba náuseas su cercanía.

No hablaba, limitándose a sonreír abiertamente y como si diciendo aquí estoy yo, ¿qué, gusto o no gusto? El espasmo me había impedido invitarla a pasar. Abochornado al notarlo: pase, pase, señorita: y me aparté a un lado para dejarla entrar. Su gracias fue extranjero, radiante, con cierta altivez mimosa. Cerré la puerta, ella, con disimulo evidenciado, ojeaba su alrededor, agarrando con los dedos estirados de ambos manos la cartera roja contra el pubis. Tuve tiempo, al darme la espalda, de contemplarla concienzudamente: mayor perfección no podría encontrarse, era un sueño hecho realidad. Con un sofoco que me hacía tartamudear le señalé el sofá: puede sentarse. Puso el visaje de no entender al principio y de entender enseguida: ¿eh?, ¡oh yes! Gracias: y, sentada, su faldita apenas si tapaba un par de centímetros más acá de las ingles, eso sí: los muslos muy bien apretados y la carterita roja sobre ellos. No cesaba de mirarme y de sonreír. Yo tenía que apartarle la mirada, no sabía cómo preguntarle, cómo decirle si venía por lo del anuncio de la prensa. Me senté en el sillón, justo enfrente de ella, separados ambos por la mesita de mármol. Forcé una sonrisa franca: ¿y bien?, aleutando los brazos a guisa de pregunta, removiéndome continuamente en el sillón, desazonado. Tranquilamente, abrió la carterita, se me caldeaba el rostro cuando veía aquellos músculos tan delicados de sus piernas

lisas, titilantes, y sacó un recorte de periódico, que me alargó negligentemente, sin moverse lo más mínimo. Tuve que levantarme para coger el papelito; me costó aquietar las letras bailoteantes: era el anuncio, venía por el trabajo de doméstica. Me extrañó que una extranjera solicitase tal ocupación, habiendo otras más lucrativas y menos bajas, pero, si era la ocasión que tanto hube deseado, ¿por qué desaprovecharla con indagaciones inoportunas? Acabé de leer el trozo de prensa y ya me tendía otros papeles, seguía sin moverse y tuve que acercarme de nuevo a ella para tomarlos: no, no olía repulsivamente como las otras, yo no salía de mi contentísimo asombro. Eran el pasaporte, permiso de residencia y otros que no revisé. Invitarla a una copa lo consideré apresurado, descortesía, atrevimiento poco diplomático. Y me entregué a explicarle con el gesto y con escapados murmurios cuál iba a ser su cometido en mi casa y cuánto ganaría semanalmente. Lo de que podría quedarse a vivir allí ya habría ocasión de proponérselo, que no era de inteligente dejar escapar la ilusión agarrada. Creo que fue el estupor que no dejaba de embargarme y el nerviosismo a que me sometía su mítica belleza lo que impidió retenerla en mi presencia. Aunque ella no hiciese ademán por marcharse, me fui a la puerta y se la abrí. Le parecerá mentira mi reacción ante lo tan vehemente deseado y casi alcanzado. A mi también me lo pareció, pero usted sabe que es como si, ¿cómo le diré?, que es como si, eso es, como si se le embotara a uno la, la, la capacidad de decisión, de decisión activa, sí, cuando nos enfrentamos a lo tan, tan fuertemente anhelado ayer y, pero inesperado, desechado, ya. No sé si me explico con claridad; ¿sí?, ¿me comprende? Bueno, sigamos. Que ella se fue y yo me quedaba atolondrado, enfebrecido. Le hube dado un llavín del piso para que a media mañana, yo estaría aún en el trabajo, para que a media mañana ella viniera y se pusiese a arreglar la casa, preparar la comida; en fin, ya vería qué.

No recuerdo si aquella noche soñé con la sílfide durante el poco tiempo que conseguí dormir. Lo que sí puedo ase-

gurar es que la jornada siguiente me pareció más larga que una vida toda, tanta sería mi comezón por regresar a casa y encontrarme con la viquinguita. Durante las horas de trabajo no hacía más que urdir la manera de llegar a la meta ansiada, usted comprende. Y por fin llegó el momento de la salida, del regreso al hogar. Mi contento no era pleno, total, no; sin aclararlo del todo, había algo de duda, de desconfiada inquietud en aquella, llamémosle, mi alegría, eso: que no encajaba así de súbito tanta, tanta posible, tangible felicidad. No, Lorenzo, hoy no, gracias, que tengo prisa; ni el ritual aperitivo en la tasca de al lado retrasó mi vuelta a casa. Enemigo de taxis, subí a uno; charlando con el chófer distraía mi impaciencia. No fumaba y acepté el cigarrillo que éste me alargó.

Los escalones los subí de tres en tres, aparatosamente, escandalizando a la viejecita que se tropezó conmigo y a la que casi hago caer. Jadeante, colocándome la corbata en su sitio, asentando el mechón de cabello que caía sobre la sien, pulsé el timbre fino, el del recibidor. Sí tenía llavín, pude abrir la puerta. Sólo que quería dar a mi llegada una atmósfera más intimista, más, más familiar, eso, familiar, hogareña. Y nadie se acercaba a la puerta para abrirla, yo tenía el oído pegado a ella, retumbando el corazón, respirando ruidosamente. Paciente, el sudor enfriado ya, volví a tocar el timbre, tres pulsadas cortas y una un poco larga. Nada, silencio dentro; ¿y si estuviese dormida?, pensé; la hubiera despertado ya con tanto timbrazo. De pronto una sospecha en forma de escalofrío me sacudió de arriba abajo y empujándome a buscar atropelladamente el llavín en mi bolsillo.

Tragué saliva antes de abrir precipitadamente. Mi repentina sospecha se ratificaba. Fue lo que temí: ella, la hermosa inodora, había arramblado por lo que pudo y quiso, una vulgar ratera, y sin dejar sitio que registrar, nada cerrado bajo llave. Es la inexperiencia el mejor de los abonos para la ignorancia; y me merecí esto por ignorante, fui un zoquete, un babieca, un. Sin embargo le mentiría si

le dijese que no me sentí defraudado, casi podría decir que estafado, sí: estafado por la perdida oportunidad de alcanzar mi fruto prohibido y desquiciadamente apetecido, que por cuánto pudiera haberme robado, pues bien hubiese podido llevárselo todo, yo se lo habría regalado con gusto, si hubiera saciado mi morbosa necesidad. Imagine cómo quedé, anonadado, roto, aplanado sobre un sillón, la puerta de la entrada sin cerrar y una corriente de aire rompiendo fría contra mi espalda. Volví en mí y giré la vista hacia atrás, hacia la puerta: habrá que cambiar la cerradura, mascullé vidrioso. En avisar a la policía ni pensé. Creí que, con razón, se habrían burlado de mi estupidez.

Lo que me siguió extrañando fue la carencia de olor nauseabundo en ella, pues las mujeres continuaban oliendo pestes para mí. Una mañana, el del furgón, sin quererlo, dio posible respuesta a mi duda. Muy ufano y furtivo de gestos, nos traía una novedad a Lorenzo y a mí: mostró una revista por la que me enteré que en esos mundos existen unos individuos llamados travestistas, machos que se arreglan como mujeres y que lo parecen tanto o más que éstas: había fotos de ellos en que estaban estupendas, fascinadoras. Tal vez, tenía que serlo, aquella preciosa ladrona era de éstos. Es que, entonces, su total privación de mal olor, ¿cómo lo explicaría?

Me propuse desde la tan nefasta montada apartar de mi vida cualquier intento de acercamiento a las mujeres; sabía que siempre, cuando ni lo esperara, renacerían la lucecilla de la esperanza y el escozor de la curiosidad; ¿y si probara de nuevo?, me diría. Pues no y no, que costumbres se hacen leyes y la costumbre es cosa de voluntad práctica, positiva. Claro que ese río subterráneo que es nuestra infrapersonalidad, nuestro subconsciente, seguiría su curso, manaría a la superficie en cualquier inesperada encrucijada. Me dije: que brote si ha de brotar, pero intentarlo otra vez ya no. Y ofrecí mi cuello a la vida para que lo argollase y me guiara adonde quisiese: trabajo y trabajo, algún que otro paseo

largo, orillando el mar, de horas y horas hasta el cansancio. Yo bregaba por acallar ese comenzón que sacudía mi ánimo inquieto, hosco, rebelde, como si hostigado. Y parecía que callaba, que se sometía a la rutina. Sólo apariencia; ya entrará en erupción: sentenciaba una de mis voces, y yo temblaba. No hay mayor ceguera que la obstinación, usted me lo ha dicho y le doy la razón; y yo era ciego porque estaba obstinado en taponar un escape de vitalidad. La tarde del arranque definitivo y realizado, concluido todo, me sentía harto, ahíto más bien, con la ahitera del que, desacostumbrado, apenas si pudo comer un bocado de ese alimento que creyó definitivo. Recuerdo que hube pedido un café calentito, con sólo una poquita de azúcar, y que contemplaba, desde la redonda mèsita de inmaculado mantelete donde me hallaba sentado, al día que, fuera, intangible, se deshilachaba como una soga de colorines mal usada, pero vayamos al principio.

Comenzó acabado el almuerzo y hallándome en el sofá, echado e intentando la siesta. Había acabado de ojear el periódico, que se derramaba deshojado por el suelo y sobre la mesita. Los ojos se me abrían autómatas y fijaban en el techo, más allá y en oblicuo de la lucerna de ocho brazos. Mi cerebro rebullía calenturiento, y los labios se me movían involuntariamente: ¿qué vale en esta vida?, mierda seca, ¿adónde vamos?, ¿qué se pretende con tantos agobios y preocupaciones?, más ensebamientos, tú, baifo, huele que huele papeluchos tras la máquina de escribir, sonriendo aquí o allá según te sople el viento, asiente o niega al ritmo de la orden superior, anda y pon el gesto contrariado cuando lo pone el señor Rico, y dile otra vez eso de mala suerte que usted tenga que desaprovechar esta ocasión de ganar tantísimo dinero, no hay derecho que se lo impidan unas leyes tan poco comprensivas, señor, y sigue tecleando o dando molinillo a la calculadora, te equivocaste y tuviste que repetir la suma por un numerito que te sonríe burletero, y eso: no hagas ejercicios para que se te hunda el pecho y encojan los hombros, pareces corcovado, carpetudo tan joven

aún, mira a tu alrededor y ¿qué verás?, te revientan esos cochinos elegidos no se sabe por quién, aristócratas no sé por cuáles eminentes y respetables crímenes pasados o presentes, ladrones de corbatas y sonrisas limpias, cansados holgazanes de la adulación y de la pose, puro exhibicionismo todo, lo que usted desee, caballero, tiene licencia para dañar y a lo mejor, por simpático, San Pedro le abre la puerta, que el mundo es suyo y los borregos estamos para decir be y asentirle con sonrisas y envidias; y marihuanados para engordar y respetabilizar a los marihuanadores, toma fútbol y vete distrayendo, mastica, muchísimas gracias, que es el alimento complementario y básico al otro, mezquino, insuficiente, que la justicia nos ampara, bendita sea que no se ve, pero si esto tiene que ser así, ¿ah así?, sí, ¡qué bueno!, tiene que haber de todo, lo único que te aconsejo es que te distraigas del pensamiento de que tenemos que ir al moridero, como sea pero no pienses en ello, serás menos infeliz, y deberías agradecer esa preocupación tuya por perder la virginidad, no me nombres eso, es que te sirve de gran distracción, pues bonita es, ¿te acuerdas de aquella vecina cuando niño, llenas las piernas de varices, siempre preñada, legañosa, despeinada, sin agua corriente en su choza, ¡cómo olería!, quejona y pleitona, su frente arrugada de miedo a todo, al chiquillo que si se clava la tacha o no, al marido que?, ¿te acuerdas?, pues soñaba con Jorge Negrete y que le cantaba al oído, ¿quién nos lo dijo?, Lina, la tía Lina te lo dijo y tú no te reíste y ella sí, te pusiste serio, papá se casó con Lina, la tía Lina, y se acabó de joder el asunto, déjate de pensar en eso ahora, no, mamá muerta y jovencito su perfil dormido y marfileando móvil al titileo de la llama del cirio de acá, y yo olvidado y en cuclillas contra el rincón y detrás de la viejecita que lloraba sorbiendo tabaco en polvo por las narices, rezando en sollozos por imitación a las otras, contagiada y yo sin contagiarme del llanto, asustado, sin poderme mover de allí, papá a lo peor se calentaba y me halaba un capón que me llenaba la cabeza de lombrices, Lina, tía Lina apenas una niña que se trajo del pueblo para que echara una mano en la tienda tiene un ataque pero no

se murió y mucha gente se arremolina a su alrededor, quieren curarla, traigan tila, alsándara, un poquito de coñac o de anís, quiten, que coja aire, parecía loca la pobrecita, papá seguía tranquilo, cuadrado, alto, velloso el pecho, vellosas las manos, el aliento a ron y a cigarro puro, con el traje nuevo teñido de negro, encorbatado pero el botón del cuello desabrochado, serio, él tan coñón, y daba la mano a cuantos se le acercaban para apretársela y susurrarle algo compungido, y papá asintiendo con la cabeza igual que borracho, Lina, tía Lina aún no podía decirse que fuese una muchacha, sólo trece años y la barriga hinchándosele, ¿te duele, Lina?, ella se ponía seria y a llorar, meses después de morirse mamá, ni de ella me acordaba, luego una ceremonia sencilla y sin pastel como en la boda de la hermana de Andresín, para tener otros hermanos llorones y Lina, tía Lina, ya no jugaba conmigo ni me contaba cuentos de miedo con luna y monstruos, y me señalaba sin mirarme y diciéndole a papá que yo estaba hecho un malcriado mimoso y que no hacía más que molestar a los niños, mejor hiciera los deberes del colegio en lugar de quitar los juguetes a sus hermanitos, papaíto yo ya hice los deberes y estos juguetes son míos, pero papaíto cogía el cinto y me aflojaba una paliza por contestón y para que Lina, tía Lina, se quede tranquila, sonría, acaricie a sus niñitos y mire agradecida a papá que se acerca a ella para darle un beso en la frente, ¿y qué me dices de ese muchachito que se cargó a su padre natural cuando murió su madre en el más completo abandono?, no diré nada, la justicia es un tentempié de éstos, ¿cómo?, nada: divagaba, ¿pero qué se ha creído usted?: se calienta el patrón con el del almacén que le pide aumento de sueldo, y grita con el ademán martirizado que si éstos no quieren trabajar, faltaste el otro día, el chiquillo me cayó malo y, sí hombre, quédate en tu casa que te llevaré el dinero todos los sábados, no te molestes en venir a trabajar, ¿para qué?, y luego si uno echa a la calle a alguien enseguida te cae la Magistratura encima y pague usted indemnizaciones y monsergas de ésas, perdone, señor, no se ponga así, si no puede subirme el sueldo, ya podrá en otra ocasión, así va el

país con nadie que quiera trabajar, y si no les estás arriba te diré, yo me quejo, y tú, y ése, todos nos quejamos, ¿y de qué?: de porquerías, vete en la guagua y mira las caras, todas adustas, con la soledad agarrada en los entrecejos arrugados, cada persona es un mundo que cada vez se aleja más del otro, ¿y tú qué haces para evitarlo?, nada hago porque nada puedo, desde pequeñitos es ley amargar las almas, ese padre que se le enroña al chiquito porque sacó malas notas y a lo peor es tonto, ¡qué va!, lo que es un gandul, pero deja que yo lo arreglo, y no me sale el domingo, aquí penado para que aprenda, y el crío acostumbrándose a angustiar su almita, a formarla a imagen de un títere enjaulado, educado para jeringar al prójimo y al lejano si es privilegiado y con buenos ademanes, eso sí, que para eso estudié tantos años y soy universitario y me llené de derechos, educados a no creer en nada ni en nadie, porque si creyeran de verdad en Dios se les caía la cara de vergüenza y no asomaban a la luz del día, que ser rico tiene que ser un delito, aunque consigan la riqueza legítimamente, no digas eso, que si tú fueras rico veríamos qué dirías, no diría nada, lo reconozco, porque yo también he perdido la vergüenza y me queda la lucidez de la rebeldía, ¿y de qué me rebelo?, ¿qué busco?, si pudiese dormirme, descansar un rato, hasta me duele la cabeza, pero los ojos no quieren cerrarse y sigo con la vista ciega fija en el techo.

Me levanté, no podía más, las sienas palpitando, el corazón desazonado, sudorosa la frente. Fui al baño a refrescarme la cara. ¿Qué?, me inquirí: ¿lo haces o no? Lo hago; y se acabó. No importa que todo sea como es.

Estaba en la última página del periódico. La ocupaba casi completa; sólo dejaba una esquinita inferior para el anuncio de una clase de ron. Había en ella una foto de familia numerosa, seguro que la misma del carnet. Al principio, mientras lo leía, quise sonreír, con la sonrisa amarga, sádica, con la sonrisa de la impotencia cobarde del que se regodea con el daño ajeno. El periodista tiene que comer también

y lo pintaba con tintes demasiado oscuros, melodramáticos. Penosa situación en la que se encuentra esta familia numerosa, humilde, matrimonio con siete hijos y a la espera de otro, desahuciados de la vivienda en que vivían de alquilado y que amenazaba ruinas. Una familia más en la calle y ¿cuándo se acabarán estos problemas que somos los primeros en denunciar y condenar?, y algo así por el estilo. Lo leí completo y tiré el periódico al suelo; parte de éste cayó en la mesita. No quería pensar en ello, pero algo en mí hacía sus cuentas sin importarle mis pensamientos de fuera. Por eso no me extrañé en lo más mínimo cuando decidí darles el piso, mi tan amado en un tiempo piso, a esos pobres infelices; ¿para qué demontres lo quiero yo?, que hasta cierta inquina le estoy cogiendo. Ahorita mismo soluciono el asunto: me puse la chaqueta, cogí la escritura y salí a la calle. Decía el periódico que se acogían, mientras se arreglaba su penosa situación, en el Hogar del Miserable. Aquí me dirigiría, antes de que me arrepienta. ¿Por qué lo hacía?, nunca lo supe ni nunca hice esfuerzos por saberlo.

Pregunté en aquel mostradorcito blanco. Sí, esa familia del desahucio que salió en la prensa de esta mañana. Que todavía no habían llegado, y mirando el reloj que colgaba en la pared y sobre la puerta de doble hoja que no tiene pestillera y que se abría con sólo empujarla, no tardarán: a las siete y media es la cena; que por el día no pueden estar aquí, solamente a comer y a dormir; y ahora permítame, siguió escribiendo en un cuaderno largo y estrecho. Gracias, le dije y me aparté de allí, no le molestara mi cercanía. Esperaré; y esperaré. Miré el reloj de la pared y luego el mío; éste estaba algo más adelantado que aquél. Volverse atrás antes de que sea demasiado tarde; no cometas ese disparate, mira que no son cuatro perras lo que vas a dar. Como si es un millón; y ojalá tuviera yo las suficientes agallas para dejarlo todo y marcharme vagabundo, mendicante, por esos mundos de Dios, sin tener que preocuparme de mezquindades y pejuergas, sólo en vivir, y vivir sanamente, limpio de espíritu y limpio de cuerpo. Pero eres un cobarde; seguirás

en la oficina por la mañana y en la trastienda del supermercado por la tarde, luego tus paseítos y programitas de televisión, porque ya ni lees como antes. Sí, no me moveré de aquí; me faltan las agallas, y eso que no tengo nada que perder, que dejar. Vendamos el piso y con lo que nos den, que será bastante, nos damos una vueltita por ahí, por algunos países. Bah, donde haya hombrès todo es lo mismo, la idéntica cochinada que se lava por fuera y seguirá hediendo por dentro; no seas pesado, de aquí no me muevo, por lo pronto. ¿Te doy un consejo? No, gracias. Y me seguía preguntando cómo se le ocurrió a Yavé dejar a Noé y a los suyos con vida, no tengo nada contra Noé; además: de bondades no me hables, puesto que para ser bueno tiene que haber males y no es honrado, digo yo, presumir de satisfecho porque hay hambrientos: esto está mal, aquí nada se aclara. ¿Y ésos que escriben cartas a los periódicos para que se las publiquen, siempre lamentándose de esto o de lo otro, como inquietos buenos ciudadanos que se preocupan por todo lo que concierna a mi patria chica? Eso: chica. ¿No respondes? Sí: chica. ¡Compraste las revistas al del furgón! Compramos, dirás. Lo que sea. ¿Y qué?; también desayunamos y dormimos. No te entiendo. Es lo mejor, que no nos entendamos. Buen muchachito ése que se mató anoche, decía la prensa. Sí, es de familia respetuosa y corría más que nadie, su coche es mucha máquina y le pasaba la mano acariciante como a un corcel, fíjate: y apretaba el acelerador, cómo corre y cómo adelanto a ese camión; el otro venía por su derecha, pero no era de familia nombrada. ¿A nosotros qué nos incumbe esto? Tienes razón: ¿qué nos incumbe? Pero llora su familia y se lamentan sus amistades, y ruegan a conocidos y personas piadosas se sirvan asistir al. Callemos. ¿Y cuándo van a llegar los desahuciados para darles de una vez el piso y toda la porquería que tiene dentro? Ya son las siete y diez y ese comedor parecerá al del cuartel, tanta gente ha entrado. No sabía yo que hubiese tanto miserable en la ciudad. Hay muchos más. Hermosísima la reina del país aquel donde mueren tantos niñitos de morirse de hambre; hermosísima, y el rey se casó con ella

por amor, seguro. Seguro. ¡Qué pena que nuestro entrenador no pueda contar con un buen extremo izquierdo!; y aún no tiene decidida la alineación, que es lo malo: toda la afición sufriendo por la incertidumbre, no hay derecho. ¿Y qué me dices de ese disgusto sentimental por el que pasa el famoso torero con la romance de turno? Horrible; Dios no debe permitir tanto sufrimiento a nuestros diosillos nacionales. No seas cínico. ¿Cínico yo? Amargado. Ese viejo que pasa a comer parece contento, nos ha saludado muy sonriente: buenas tardes. Ha sido el único que, por lo visto, nos vio; los demás parecían llevar tapaojos, sólo mirando hacia el suelo. Está limpio esto, parece bien atendido. Creo que debo fumar; así me distraigo algo. ¡Y que no llegue esa gente todavía! Ya pasa de las y media. ¡A ver si me canso de esperar y me largo!; no doy piso y se joden. ¡Mira!

La reconocí enseguida, aunque tenía el aspecto más envejecido y con una verruga en el cachete derecho que en la foto no noté. La llamé con un bisbiseo al tiempo que me levantaba para acercármele. Volvió la cabeza hacia mí con cierta dificultad. Llevaba en brazos, apoyada contra su prominente barriga, una criatura de apenas un año; los otros cuatro chiquillos, desharrapados, el pescuezo, la cara, los brazos y las piernas llenos de churre, jugaban a agarrarse a los faldones de mamá, que, huraña y con imprecaciones ahogadas por la bulla que armaban los críos, luchaba por quitárselos de arriba a coces y movimientos de cadera. La pobre mujer sudaba por todos lados. Resoplaba cuando le pregunté por su señor marido. ¿Hizo algo malo?, me preguntó a su vez. No, forzándome a sonreírle tranquilizador y teniendo que recular pues su tufo llegaba a mis narices. Los chiquillos se aquietaron expectantes, curiosos, rodeando a la madre; me miraban inquisidores. Al que quise acariciarle la cabeza se hizo para atrás, huidizo. No es para nada malo. Ella continuaba contemplándome con desconfianza. Al contrario, seguí diciéndole; se va a llevar una sorpresa: y la miré a los ojos. Arrugó más el entrecejo: allá cuentos chinos,

caballero; él vendrá ahora, supongo. Los chiquillos reanudaron su juego, y ella las patadas y los improperios.

Me quedé decepcionado, completamente aplanado, sin capacidad de reacción. Cuando pude pensar algo, me entraron deseos de marcharme de allí y acabar con el capricho. Luego, algo más sereno, y sentado de nuevo sin saber cómo, la disculpé, aunque recordando a tía Lina: la pobre mujer estará hasta la coronilla de tanto incordio de críos. En eso, vi entrar a la hija mayor, una niña de unos doce años, sola, descarnada de rostro pero de caderas prometedoras y piernas bien formadas, morena pálida, su mirada fija, rencorosa, alta. Andaba erguida, desafiante, contoneándose. Abrió la puerta con porte distinguido. Me hizo gracia su compostura y me reblandecí un poco; irónico: podrá recibir a su novio en una vivienda decente.

Sin darme cuenta se iba apoderando de mí una soñarrera ladina, lo que nunca. Y casi dormía cuando lo sentí entrar al vestíbulo. Me levanté de un brinco, como rociado con agua fría. Llegaba canturreando una folía que acompasaba con el índice de su mano derecha, la izquierda aferrada a la hebilla del grueso cinturón negro y adornado de monedas de real antiguas. Estaba recién afeitado y peinado, el cabello negrísimo y brillante, congestionadas sus mejillas. Parecía dichoso, satisfecho. Y fui a su encuentro con el brazo extendido a guisa de detenerle. Por favor, le dije, perdone unos segundos. El afectó mirar hacia atrás, no fuese a otro a quien yo llamara; ¿a mí?, enseriando el gesto. Sí, a usted; ¿nos sentamos?: le indiqué el banco. No hace falta; y me esperan a comer, además. Bien, como usted quiera. ¿Ya me dirá qué se le ofrece? Es que, de veras no sé cómo empezar. Pues lo que se dice yo. Leí el periódico de hoy, el de la mañana. ¿Sí?; bastante que me alegro, yo también lo leí; ¿y? Lo siento, en verdad que lo siento; sé su situación. Toma: más lo siento yo y aquí me tiene, porque usted no irá a solucionarlo, ¿o me equivoco? —guasón y alisándose el pelo con las dos manos. Se equivoca. ¿Cómo dice, que no

le oí bien?— dejó los brazos alzados, quietos, los codos a la altura de los hombros y las manos a ras de las sienes; arqueaba las cejas y entreabría la boca: tenía dientes de oro. Bajé la voz, como avergonzado: le regalo un piso. Rió con fuerzas, lo que obligó al viejo conserje a levantar la vista del cuaderno y mandar a callar con un siseo. Bien, hombre, bien —decía entrecortando la carcajada; de pronto, cuajó la risotada y adustó el ceño: oiga, señor, la cosa no está para bromas, pobre soy pero tengo mi dignidad. No bromeo, de verdad —me ruboricé como si hubiese cometido una indiscreción. Y extraje con desmaño la escritura del bolsillo interior de mi chaqueta: aquí tiene la escritura, puede verla si gusta. Me miraba con fijeza, desconfiado. Cogió ceremonialmente el papel y se puso a ojearlo de la manera como hay que ojear un papel que no se entenderá pero del que habrá que mostrar que sí se entiende, echando atrás la cabeza y alargando los brazos, a lo présbita. Pues: esto parece en regla —dijo al cabo de unos instantes—; pero puede no significar nada, ser un vacilón suyo y, entonces. Le corté: ¿por qué lo iba yo a engañar?, ¿qué ganaría con ello? Pues no sé, usted sabrá qué: porque se encuentra uno con cada elemento por ahí —la forma en que me miraba denotaba ir tomándome confianza; mi cara sería de fiar—; además, usted comprenderá, venir uno, perdón: venir un señor así por las buenas y a proponerte que si quieres un piso regalado, lo que ni en sueños, así de sopetón y cuánto tuvimos que suplicar para que no nos botaran de la choza, es la ley, nos decían y fuera con muebles y todo, ya se les resolverá el problema y hasta con guardias, usted verá mi recelo, más estando el mundo como está, cada quisque jalando el rábano para su plato y jeríngase el pobre, lo mismo de siempre, que si eres rico come cuando quieras y si pobre cuando puedas y sin poder, ya usted ve, yo. Continué sin inmutarme ante su adulona locuacidad; dije: también le dejo los muebles, y ropa, todo lo que haya en el piso; tan sólo me quedo lo imprescindible. Ahora callaba, tal vez avergonzado por su impertinente perorata. El embarazoso silencio me forzó a tomar un tono suplicante: es bastante

lo que le doy, vale más de un millón. Su asombro al oír la cifra le hizo guiñar los ojos incontroladamente hasta que pudo fijarlos en los míos y mirándome como a un loco. Seguí: si usted considera necesario llamamos a un guardia para que nos sirva de testigo; desde ahora mismo puede mudarse, esta noche ya podrá dormir en mi casa, en su casa, que mañana arreglamos los papeles en el notario, dejarlo todo en regla, legal. No sabía ya qué decirle; resultaba pesado, bochornoso, el asunto, sudoroso. El se mantuvo callado, lo que me exasperaba, la escritura aún en su mano izquierda, estático, los brazos abandonados, una ceja levantada y contemplándome sin pestañear, como sin verme: volvía a dudar de mi veracidad. Su silencio me enervaba, no sabía ya sobre qué pie descansar el peso de mi cuerpo, crucé y descrucé los brazos una y enseguida otra vez, sobé las manos una con la otra, huyéndole la mirada y entrándome unas enormes ganas de mandarlo a la. Pero por fin habló, sólo movía los labios, el resto del cuerpo siguiendo rígido: nada de guardias, dijo; únicamente una pregunta, si a usted no le molesta, señor: ¿por qué hace esto?, no acierto a comprender por más vueltas que le doy a la cabeza, y usted no parece. Iba a decir loco. Continuó: palabra que no lo comprendo, ¿por qué lo hace, señor? Esperaba hacía rato esta pregunta; sin embargo me sorprendió desprevenido. No acerté a responderle con seguridad; el tono de mi voz oscilaba falto de firmeza: es una promesa que me hube hecho al comprarlo, al comprar el piso, eso; y, además, me tengo que ir para fuera, embarcarme la semana entrante, sí, una promesa, la semana entrante, embarcarme; y, además, es, era para mí un cargo de conciencia, yo tengo conciencia ¿sabe? —sonreí forzado, sonrió forzado—, leí el periódico, se lo dije, y, leí el periódico y al enterarme de la situación de usted, de ustedes, me dije, sí: me dije que ahí tenía la mejor ocasión de desprenderme del piso haciendo algo por alguien y sin mediar dinero, siempre el puto dinero, perdón; y, pues ya ve: lo demás lo sabe ya, lo. Tuve que carraspear simulando un aňusgo; en fin, que el piso es suyo, supongo que lo querrá ¿no? Asintió con la cabeza, con cierta negligencia y

pareciendo estar triste. Levantó la mano para ver la escritura enrollada, me miró luego y dijo: bueno. Dio media vuelta para dirigirse a la entrada del comedor y, dados unos pasos, se detuvo como dubitativo, volvió la cara hacia mí aunque sin mirarme y, levantando los hombros, susurró: voy por el equipo. Desapareció tras la puerta, cuyos batientes quedaron oscilantes cada vez menos hasta detenerse del todo.

Se arregló la cosa al siguiente día. Mi nuevo domicilio sería un hotel de segunda al otro lado de la ciudad, cerca de la playa nueva. Lo podía pagar sin agobios y me encontraría atendido en todo lo que me hiciera falta. A la total ausencia de mujeres en mi vida ya estaba hecho; el caso fue acostumbrarme a ello y, una vez acostumbrado, lo demás es fácil de llevar. No sé cómo se enteraron, pero a los dos o tres días del asunto aparecieron en la oficina dos muchachos con el ademán juvenil, muy de hoy, norteamericanizado, uno de ellos con una máquina fotográfica en bandolera, sonrientes, mascando chicles, cuidadosamente despeinados y despreocupados, con cierto aire de juguetones sabelotodos. Eran de la prensa y enrojecí de vergüenza nada más ver que venían a por mí. Me preguntaba uno y me retrató el otro, yo sin perder la turbación, tartamudeando, no saber qué responder ni adónde mirar, sintiendo en el fondo de mi alma las requisantes miradas del jefe allí en la puerta de su despacho y sin atreverse a decir nada, las atónitas de Rosamary y las interrogantes de Lorenzo. Se fueron los periodistas y yo quedé como cogido en delito ante la postura del jefe, muda, inquisidora. Rosamary y Lorenzo hubieron de fingir seguir trabajando; yo intentaba hacer lo mismo que éstos, pero el jefe me llamó a su despacho. Le tuve que explicar mi altruista gesto con la mayor sensación de culpabilidad que imaginarse pueda. No quedó muy aclarado con mi desbarajustada relación, que digamos; y su manera de contemplarme, una vez hube acabado, no me halagó, ni muchísimo menos, seguramente pensando que, a fin de cuentas, yo era un pobre infeliz, ni más ni menos que un

pobre infeliz. Vuelva a su trabajo, dijo con voz que se me antojó dura, rencorosa.

Aunque le extrañe, sepa que no leí cuanto de mí dijo la prensa; incluso de reclamo en primera página había una foto orlada con letras de molde. Grandes. Me entró una especie de pudor que me impidió leerlo. Sin embargo, lo que más me jeringó fue la tabarra que tuve que soportar a Lorenzo, guasón en los últimos tiempos y tras el corto noviazgo con Rosamary, y al del furgón y a algunos clientes confanzudos de allí de la Agencia o conocidos del supermercado. Por la calle y al cruzarse conmigo, había quien reconociera mi cara y se quedara mirando mosqueado, dudoso: a éste lo conozco yo de algo, ¿de qué?, parecían pensar haciéndome sonreír a veces y otras abochornar. Gracias demos a que todo se olvida fácilmente, que se borra pronto. Incluso el jefe dejaba de tratarme ceñudo, vengativo no sabía yo por qué.

No, ya nunca tuve más ataques de rebeldía; todo me parecía bien, incomprensible pero bien, y ¿quién era yo para hacer preguntas? Que siga rodando la bola de la nieve, agrandándose, agrandándose, que ya se detendrá, que ya se desleirá: me repetía ante cualquier insidioso intento de sacudida anímica. Y mi vida se acostumbraba a deslizarse aceitada, suavcita, tranquila y sin baches; nada tenía por qué hacerme grietas, por qué mellarme. Y me llegué a encariñar con la soledad a pesar del mímico bullicio que me circundaba. Creo, sinceramente, que mi rostro no sería exponente de un alma amargada, tribulada por la frustración; al contrario, parecería el de un satisfecho, el de un encajado. No quise probar más acercarme a las mujeres, si eso es lo que se pregunta; y no quise porque noté que no las necesitaba, que ninguna fuerza irresistible y agobiante me impulsaba a ellas. Tampoco quiero decir que les tomé inquina, que me hice enemigo incondicional de ellas, no: tan sólo las marginé sistemáticamente de mi vida. Voy a manifestarle un pensamiento: creo que el quid está en drogarse uno de

ellas a base de experiencias o de sugerencias, creo que esas pretendidas exigencias de la carne, del sexo, pueden ser domeñadas a base de voluntad limpia y a pesar del infinito número de aperitivos que nos proporciona el mundo de hoy. Observo en su mirada que discrepamos. Dejemos esto y sigamos. ¡Ah!, y deseche la mínima duda acerca de mi virilidad.

Transcurrió un año y meses y yo no había ido una vez tan siquiera por mi antiguo piso, quizá esquivando supersticiosamente reavivamientos funestos: usted sabe qué digo. Una tarde otoñal, de las que tibiamente acunan y amodorrnan al ocio, me encontraba en la alameda saboreando un helado, la vista perdida al otro lado del barranco, justamente en el bullanguero tiovivo y pensando añorante cuán poco disfruté de juegos en mi infancia. De súbito se me ocurrió la idea de visitar el piso, saludar a aquella pobre familia que lo habitaba, preguntarle qué tal le iba entre tanta gente media, pulcra, engarrotada por el temor de que le rompan su vidriosa armonía. No lo pensé mucho, pues, concluido el helado, me puse en camino; iría andando aunque quedara lejos, que la noche tardaría en caer. A medida que caminaba, y subrepticamente, se apoderaba de mí una sorda emoción que avivaba mis pasos, casi impulsándome a correr. Cuando caí en la cuenta de ello, del impropio estado de ánimo, me detuve a tomar resuello, a embridar la desazón. Calmado, seguí el camino, pero despacio, atajando la prisa, la emoción, paseoso, mirando aquí y allí, a derecha e izquierda, incluso parándome sin motivo justificado, sólo por enjaular ese impertinente desasosiego. Apenas si me di cuenta de que había llegado a la urbanización donde, luego de subir un centenar de floreados escalones, me encontraría con el bloque en cuya tercera planta estaba mi piso, mi antiguo piso. Saqué las manos del bolsillo y las miré: estaban brillantes de sudor y las sequé contra el muslo de los pantalones. El lugar se me presentaba más bonito que cuando lo vivía. Habían crecido bastante las palmeras del parque y vi flores nuevas y de refulgente

colorido; los sardineles se encontraban recién pintados. Todo lo circundante olía a limpio, a cuidado con esmero. Era de quietud vivaracha, sumisa, la tarde que se desleía rosácea, tenuemente rumorosa en los laureles de enfrente. Una prematura luna en cuarto menguante se diluía en celajes amarillados. Jugaban chiquillos en las baldosas rayadas con yeso y charlaban algunos viejos y otros no viejos en los bancos de piedra y sin espaldar; también había parejas de jóvenes pasmándose de inquietos deseos y aguardando trémulos la inminencia de la noche: sonreí. A lo lejos, al fondo, se oía vagamente el manso ronroneo del mar rompiendo juguetón contra los peñascos de la escollera y salpicando el aire de su eructo salobre y fresco.

No, señor; aquí, gracias a Dios, ya no vive esa familia por quien usted ha preguntado. Se fueron hace cosa de, aguarde a que haga cálculo, eso es: semana antes de los difuntos, sí, se fueron hará un año dentro de dos semanas. Lo vendieron. Vendieron el piso a todos los vecinos, al bloque completo. El paso de esa gente fue algo tragicómico, algo digno de contarse: gracias a Dios, repito, gracias a Dios que se fueron pronto, que no tardaron más tiempo por aquí. Si usted supiera. Pero pase, pase; no se quede ahí en la puerta. Y siéntese, por favor, mientras le sirvo algo: ¿coñac?, ¿güisqui?, ¿ginebra?, lo que desee, sin reparos por su parte. ¿Güisqui?, pues güisqui. Como le decía, menuda gente nos tocó en lotería con esa pobre familia: ¡ay la educación, cuánta falta hace en este país! Horribles, selváticos, peores aún, pues tenían malas ideas, sobre todo los chiquillos y la niña más vieja, que la mujer, la pobre, lo que ya estaba era medio loca con tanto sufrimiento. Por lo que me enteré el señor dueño del piso, hombre discretísimo y muy solitario, apenas si se le veía, lo donó a aquella desgraciada gente, echada de donde vivía y con el cuento de que estaba en ruinas; me enteré luego que allí levantaban un impresionante hotel. Pero vayamos a lo nuestro. ¡Fuerte desastre el padre! Siempre borracho y cantando a grito pelado, no importara la hora o si usted estaba malo. Con decirle que lo vendió

todo, todo cuanto le regaló aquel buen señor, empezando por los libros, ¡qué pena de libros, señor!, y acabando por la cocina de gas, todo, y no le engaño, incluyendo la alcoba. Y para gastárselo con una querindanga que tenía en el puerto: eso gritaba entre histerismos su mujer. Cuando ya no quedaba nada por vender, apenas si aparecía por aquí el menudo personaje; y si aparecía era para que creciera la gresca más aún, porque la infeliz señora no hacía más que dar berridos en la escalera, metiéndose con todo el que tropezara, ya ni uno podía asomarse a la puerta. Y mire que le avisamos al guardia; éste vino y le llamó la atención un par de veces, pero se cansó pronto y no quería jaleos. Que los denunciáramos en comisaría, nos dijo. Pero, a Dios gracias, la cosa se arreglaría antes de llegar a tales extremos, por otro lado molestísimos. Y de los niños aún no le he contado nada: ¡de miedo, señor, de miedo! Si le digo que hacían sus necesidades donde les pareciera, en la escalera, en la misma puerta de uno, para luego con los excrementos pintarrear paredes, todo. Tuvimos que quitar hasta las macetas con flores. Y durante unos días les dio por traer unas ratas que capturaban vivas, cosas del diablo, señor, en algún estercolero y ponerse a martirizarlas en la mismísima escalera y delante de nuestros asombraditos niños o de nuestras mujeres, y maldito caso si hacían a nuestras recriminaciones, malcriados, sin escuela, siempre tirados por esas calles, pobrecillos, que, aunque a veces me entraban ganas de matarlos, en el fondo los compadecía. ¿Y de la niñita?, de la niñita, apenas si tenía trece años, más vale no hablar. No había noche en que no apareciera con un hombre que podía ser su padre a darnos un verdadero y escandaloso espectáculo por toda la escalera ¡Y cómo se regodeaba de quien tropezase! Yo no pude nunca comprender tal degradación en una cría. Creo que se casó antes de qué se fueran; eso decía la madre. Lo cierto es que dejó, la chiquilla, de venir por acá. En resumidas cuentas, que nos reunimos para lo de la denuncia en comisaría. Pero mi hijo, buen hijo, Dios le dé la gloria, propuso algo más humanitario: que, entre todos, le comprásemos el piso, al contado; de

esta forma se irían y nos dejarían en paz. Nos costó dar con el borrachín jefe de la familia. Mi hijo se encargó de ello. Dio con él en un cuchitril del puerto, donde su querida. Quedó conformísimo desde que hablaron. Pero tenía que firmar también su mujer el contrato de venta, le previno mi hijo. Yo lo arreglo, aseguró. Y vaya si lo arregló. Se vino para acá, mansito, a inducir a su mujer a que firmara el contrato. ¡Qué de gritos daba la infeliz! Que si bandido quieres ponerme en la calle para gastarte todo el dinero con ésas, usted disculpe, que si no te importan tus hijos, que si. Nada, que la mujer no iba por las buenas y tuvo el marido que comenzar con las malas, palizas van, palizas vienen y sin que se cansara uno de golpear y la otra de recibir. Estábamos, los vecinos, consternadísimos; nos sentíamos, en cierto modo, culpables de tales tormentos a la pobre mujer. Pero, gracias a Dios, la desdichada accedió y firmó; sabía escribir, lo que me extrañó, y se vio que tuvo bonita letra. Al fin se marchó la marabunta; podíamos respirar tranquilos. ¿Y qué hacer ahora con el piso?, preguntó uno. Mi hijo, qué bueno es, propuso que, si no les importaba a los vecinos, él se quedaría con él, para nosotros, sus padres, que ya estaban algo estrechos, tengo cuatro nietecitos, Dios los guarde, tan graciosillos los pillines. Para no cansarle, señor: mi hijo pagaría el piso mensualmente a los demás vecinos, lo gana bien, gracias a Dios, que no desampara al bueno, y nosotros, sus padres, viviríamos en él. Aceptaron, y aquí me ve. Mi señora ha ido al Rosario y me sentía tan solo.

Aquel anciano de aspecto pulcro y albornoz verde chillón, su pelo blanquísimo y cargado, brillante, las gafas al borde de la nariz y mirada por encima de ellas, calló y se puso como a mirar el pasado en su memoria. Sonreía abstraído. Aproveché su silencio para levantarme y salir de una vez. Se me hace tarde, le dije; cuando miró hacia mí, como despertado, le indiqué mi reloj de pulsera con el índice. Bien, bien, agradecido por su compañía —dijo respondiendo a mi sonrisa. Con el paso arrastrado llegó a la puerta y la

abrió. Agradecido por el güisqui— su mano seca estaba fría entre la mía sudorosa y cálida. Mantenía la puerta entreabierta, quería preguntarme algo. Cuando ya abría yo la puerta del ascensor para bajar por vez primera en él, lo oí sisear. Me volví. ¿Es usted algo de esa gente?, preguntó. No, no; sólo los conocía de vista; bueno, adiós, y agradecido. Escuché un adiós bajito, absorto; el adiós de quien quiere recordar algo que se le escabulle cuando parece que ya lo tiene. Dentro ya del ascensor, y como un volcán que entró en aguantada erupción, reventé en una carcajada, lo que nunca, en una carcajada que me hizo lagrimar y orinar unas gotitas.

Víctor Ramírez nació el 30 de junio de 1944 en San Roque, Las Palmas de Gran Canaria. Gana el sustento familiar (tiene cuatro hijos) en la enseñanza pública. Se ha publicado, o le han publicado: *Cada cual arrastra su sombra* (1971), *Cuentos cobardes* (1977), *Además lo primero* (1978), *Lo más hermoso de mi vida* (1982), *Nos dejaron el muerto* (1984), *Diosnoslibre* (1984).

Con Rafael Franquelo publicó: *La guitarra del Atlántico* (1973), *Literatura canaria. Antología de textos* (1976), *Rumores paganos* (1980), *Cuentos canarios contemporáneos* (1981), *Narrativa canaria del siglo XX: primer volumen* (1985).

En 1980 editó en "Planas de Poesía" el muestrario de cuentos *La huida*, de Antonio Bermejo.

Angel Sánchez (Gáldar, Gran Canaria, 1943) es escritor y profesor de idiomas. Ha publicado, desde 1969, diez libros de poesía, así como cuentos, artículos y ensayos sobre temas insulares. Resultado de una sólida formación europea, se ha orientado de una forma interdisciplinar hacia la crítica literaria, estética y la traducción, publicando fundamentalmente en prensa y revistas del Archipiélago. Incursiona en la poesía visual, el cine *amateur* y la obra gráfica. Prepara próximos títulos sobre mitología simbólica y etnolingüística del espacio hablado canario.

Dos precedentes avalan su especialización en la prosa de Víctor Ramírez: "Cómo cuenta Víctor Ramírez" (en *Ensayo sobre Cultura Canaria*, Las Palmas de Gran Canaria, 1983) y el Prólogo a V. Ramírez: *Diosnoslibre* (Santa Cruz de Tenerife, 1984).



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso Rodríguez.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABREU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas*.
12. Nicolás ESTEVANEZ: *Mis memorias*.
13. Benito PEREZ GALDOS: *La fontana de oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Nuestra Señora*.
15. Benito PEREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Angel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra narrativa* (Antología).
19. Domingo RIVERO: *Obra Completa*.
20. *Antología de la Poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso Rodríguez.

21. Manuel VERDUGO: *Obra poética*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORON: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIERREZ ALBELO: *Enigma del invitado, Romanticismo y cuenta nueva y Campanario de primavera*.
28. Fernando GONZALEZ: *Obra poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Lancelot, Media hora jugando a los dados y Crimen*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Antología*.
31. Domingo LOPEZ TORRES: *Obra Completa*.
32. Pedro GARCIA CABRERA: *Entre cuatro paredes, Transparencias fugadas y Dársena con despertadores*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o Herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida (Obra poética)*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *Obra poética*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor (Antología)*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRON: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Obra poética*.
42. Eugenio PADORNO: *Obra poética*.
43. Juan JIMENEZ: *Itinerario en contra (Obra poética 1961-1975)*.

44. Isaac DE VEGA: *Fetasa*.
45. Rafael AROZARENA: *Mararía*.
46. Alfonso GARCIA RAMOS: *Guad*.
47. Juan Manuel GARCIA RAMOS: *Malaquita*.
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal*.
49. Luis LEON BARRETO: *Las espiritistas de Telde*.
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos*.
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe*.
52. Nivaria TEJERA: *El barranco*.
53. Víctor RAMIREZ: *Cada cual arrastra su sombra*.

Se acabó de imprimir
el día 22 de diciembre de 1988,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

“Creemos que van ustedes a leer dos de los mejores bloques en prosa de la literatura hecha este siglo en Canarias; de los contados que podrán sobrevivir el siglo XX con holgura cualitativa. Creemos también que debería no haber un Víctor Ramírez, sino diez, cien autores como él para revolucionar la pobre inercia literaria cultural y social de las islas”.

Angel Sánchez



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem

